

Diario de una  
camarera de piso  
de Mogán



Diario de una  
camarera de piso  
de Mogán



© Textos: Daniel Martín Castellano y Juan Carlos Saavedra Guadalupe, 2024

© Ilustraciones: Arón Morales, 2024

© De la presente edición: Ayuntamiento de Mogán

Mogán - Gran Canaria

Cuidado de la edición:

Bilenio Publicaciones

Maquetación e impresión:

FashionMania

Primera edición: Diciembre de 2024

Depósito Legal: GC 628-2024

Todos los derechos reservados

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

# Diario de una camarera de piso de Mogán



Ayuntamiento  
de Mogán



# Presentación

**Onalia Bueno García**  
Alcaldesa del Ilustre  
Ayuntamiento de Mogán



El turismo y el sector servicios se convirtieron en los años setenta en el motor económico de Mogán. Transformó la vida económica, social y cultural de este municipio y, por consiguiente, cambió la estructura laboral de las familias.

De repente, Mogán aportaba al mercado laboral miles de trabajadores y trabajadoras para esta industria incipiente. Uno de esos trabajos fue el de camareras de piso. El trabajo que estas mujeres tuvieron que enfrentar no fue fácil ni cómodo. Al principio se cometieron muchos abusos, con los horarios, con el tipo de trabajo, con los

sueños, pero lo asumieron con el único propósito de ganarse la vida con dignidad y darle a sus hijos lo que muchas de ellas no pudieron tener: oportunidades.

Son mujeres abnegadas que han cuidado de sus familias e hijos, dándoles la ocasión de formarse más allá de los estudios primarios y alcanzar espacios que, hasta hace solo unos años, se antojaban imposibles. Al hacerlo, también ellas han cuidado de cada uno de los ciudadanos de este municipio.

Es de justicia este reconocimiento y agradecimiento. Y también es necesario. Ellas nos han hecho a todos nosotros más fuertes y han logrado cohesionar este pueblo. Para lograr ser una sociedad unida y que comparta objetivos comunes, se necesita sacrificio y fe, esfuerzo y superación, resiliencia y amor. Y estas cualidades les sobran a las camareras de piso de Mogán.

El sector servicios se compone de elementos intangibles, no los podemos tocar, no se pueden almacenar. Se consumen al mismo tiempo que se producen. Pero lo que sí pueden comprobar los millones de turistas que nos visitan es la profesionalidad, la honradez y la calidad del trabajo de las mujeres en este sector, y más concretamente el de las camareras de piso. Su labor se ve, se huele y se palpa.

Esta publicación no va a cubrir la deuda que sentimos que tenemos con ellas. Pero deseamos que despierte en los lectores el reconocimiento que se merecen. Cuando un moganero, que aún no ha nacido, lea este libro, que pueda conocer el duro trabajo y por lo que tuvieron que pasar aquellas personas que hicieron de su municipio el mejor lugar para vivir.

Las mujeres siempre hemos estado en la brega. Siempre hemos llegado a todos los sectores y hemos demostrado que no hay objetivo que se nos resista. Ustedes, las camareras de piso, son un ejemplo a seguir.

Gracias

# El final y el principio



Me vi reflejada en los cristales de la puerta del centro de salud: parecía un arretranco que nadie quiere tirar, pero tampoco saben en dónde colocar. Fui temprano, a primera hora, porque hay menos gente. Me quedé mirándome. Vieja, cansada, orgullosa por haber sacado una familia para adelante, feliz con mis nietos... Pero vieja y seca. Y en ese momento, no sé por qué, decidí publicar este diario. Es que quiero morirme tranquila.

Durante toda mi vida me he callado. He trabajado en silencio. He criado en silencio. He amado en silencio. Me han jodido y he cerrado la boca. Y siento que, si nadie más se entera, reviento.

Y yo no quiero morirme estallada como una pita. No es lo que quiero.

He estado toda mi vida trabajando. De niña en las tierras y con las cabras. Y desde que me hice mujer, limpiando.

Odio ese recuerdo. El día que un hombre, que nunca había visto, en la puerta de la escuela me señaló y le dijo a mi padre: «tiene cuerpo para trabajar». Lo odio porque dejé de ser niña, de jugar con mis primas, de caminar con las cabras por el barranco, de ayudar a mi madre en las tierras o de recostarme al lado de mi abuela... Ese día todo cambió para siempre.

Hasta hoy. Siento que si lo cuento, dejo ese dolor para siempre.

Menos el de la ciática. Anoche tenía un dolor tremendo en las caderas. Era como un jodido perro que me mordía. Una tortura. Bajaba por la pierna hasta dejarme tiesa. En urgencias me pincharon y para casa. Es lo que hay.

Cuarenta años limpiando y arrastrándome por hoteles y apartamentos. Hace cinco que me jubilaron. Ya no podía más. El carro me llevaba a mí y yo lo cargaba de todo para poder aguantar el día: un par de cajas de Nolotil, Paracetamol del barato pero que decían que curaba igual, Voltaren, Enantyum, Celebrex, Lorazepam, Diazepam, Alprazolam, Citalopram...

Menos mal que tenía a Loli, Asun, Julia que había llegado de pa' fuera, María, Pino La Pirata...

La llamábamos así porque un día se resbaló. Con tan mala suerte, que se metió el palo del cepillo en el ojo izquierdo y lo perdió. Pero la cabrona dijo que no iba a quedarse en casa encerrada ni se iba a dedicar a vender cupones. Que prefería aguantarnos a nosotras que a su marido. Así que un día se plantó con un parche en el ojo y le dijo a don Rafael: «yo quiero trabajar y se mete la indemnización por donde le quepa». Y hasta la fecha. Ni un día faltó al trabajo hasta que se jubiló el año pasado.

Yo no soy como ella. En los últimos años, no tenía ninguna parte de mi cuerpo en su sitio. Me parecía a los castillos de arena que mis hijos hacían en la playa. Fui poco con ellos porque cuando salía de trabajar ya no eran horas de estar en la calle. Pero un domingo fuimos a Tauro toda la familia. En ese momento tenía dos hijas. La mayor, Auxiliadora. Se lo puse porque me quedé preñada durante las fiestas de Motor Grande. La del centro, Lucía, como su abuela materna. Luego nació Antonio. Antonio también se llamaba mi marido. Mis hijos jugaban en la orilla con unos baldes que se habían dejado unos alemanes y yo me los traje para casa.

Habían levantado con arena un castillo y unas murallas. Estuvieron unas cuantas horas trasteando y llevando cubos de aquí para allá y buscando piedras. Pero llegó una ola y arrastró con todo en un momento.

Pues eso fue lo que me pasó a mí. Una ola pasó por encima de mí, me tiró y revolcó hasta dejarme sin aire.

Empecé por las rodillas. Pero luego vinieron las lumbalgias, el túnel carpiano, tendinitis en los brazos, muñecas y tobillos, nervios... Muchos nervios.

Tengo que reconocer que el Zaldiar y las pastillas para dormir ayudan mucho. Después de cinco años jubilada, estoy algo mejor, aunque de vez en cuando me quedo tiesa, como anoche.

Ya no me dan la baja, pero tampoco me preguntan cómo estoy.

Salí del centro de salud. Esperé por la Global. Bajé al Puerto. Me compré un helado de fresa en la avenida. La pensión no es mucha, pero me da para algunos caprichos. Los niños jugaban en la orilla y me acordé de mis nietos. En el chino les compré unas tonterías y para mí esta libreta.

Cuando me fui a montar de nuevo en la guagua para regresar al pueblo, miré la montaña roída por los hoteles y apartamentos y pensé: ¡a tomar por culo!

El día  
que todo  
cambió



Hay cosas que no se olvidan: el día en que me partí el brazo, cuando vi a Manuela ayudar en el parto de un bai-fillo, cuando me vino la regla y la noche anterior en la que empecé a raspar pisos de apartamentos.

En casa, mi padre había dejado de trabajar las tierras. Se estaba construyendo la nueva carretera del pueblo al puerto y necesitaban hombres fuertes, y mi padre lo era. Nunca me dio un abrazo, pero tampoco me puso la mano encima. Un día dijo:

—El lunes empiezas a trabajar. Vas a hacerlo con el hombre con el me viste el otro día en la puerta del colegio. Es un buen patrón. Bajarás a Puerto Rico con Manuel, el panadero. Te subes en la parte de atrás, aunque él te diga que vayas delante. Luego volverás por la tarde. Vas a ir a trabajar al mismo sitio que tu prima.

Mi madre no dijo nada. Ya tenía sus cosas con atender a mi padre, con las tierras y las cabras. El viernes se lo dije al maestro, al que le pareció bien que aportara en casa algo de dinero. Que sabía leer y las cuentas y con un jornal, iba a salir para adelante.

—Este país se construye trabajando —dijo.

No iba a echar de menos al maestro, pero sí a unas monjas que venían de vez en cuando, nos enseñaban canciones, a levantar un vuelto en un pantalón, a rezar y nos

advertían sobre los hombres. De ellas no me dio tiempo de despedirme.

El domingo acompañé a mi madre a misa. Le recé a San Antonio que me cuidara. Le recordé que había ido a todas las vísperas y que comulgué el 13 de junio. Mi abuela me contó que era el patrón de los solteros y de los objetivos perdidos. Y yo le pedí que no me perdiera.

Mis hermanas dormíamos en un cuarto contiguo al de mis padres. Éramos tres. Y como era la mayor, podía elegir en donde lo hacía. Casi siempre contra la pared. Además, yo no me levantaba nunca y mis hermanas se levantaban varias veces en la noche.

Pero la noche del domingo me dormí en el borde de la cama. Bueno, eso fue lo que intenté. Fui a hacer pis como tres o cuatro veces. Las horas se convirtieron en un duermevela. No dejé de dar vueltas y de sudar.

Miraba al techo y sentía que se caía sobre mí. Me giraba a la puerta y me imaginaba a mi nuevo patrón como una especie de monstruo que se comía a los niños, que entraba y me sacaba tirándome de los pelos. Me giraba hacia mis hermanas y me las imaginaba saltando en la cama y cayendo sobre mí una y otra vez.

A las cuatro sentí a mi madre levantarse. Yo también lo hice. Quería poner fin a aquellas horas de pesadillas. En

la cocina, mi madre calentaba el café y hervía la leche. Había sacado un pizco de gofio.

—Lávate, no quiero que vayan diciendo por ahí que hueles a cabra... Te viste y desayunas. Tienes que estar fuerte. En un rato pasará el panadero. Te llevas esta talega, al mediodía pararás para comer. Cuidado con los obreros. Muchos hombres vienen de Vecindario, Telde o incluso Las Palmas a trabajar en la construcción y son unos listos y se creen que se pueden aprovechar de una niña de pueblo.

La noche anterior había dejado la ropa encima de la silla de la cocina. Escuchaba a mi madre mientras me preparaba.

—Tú eres más lista que todos esos. Cuida tu honra. No seas boba y, si tienes problemas, me lo dices, que yo sé cómo solucionarlo —dijo—. ¿Oíste? —insistió.

—Sí, mamá.

La vi llorar, pero yo no le dije nada más. Antes de que los gallos cantaran y mi padre se levantara, escuchamos la furgoneta de Manuel parar delante de casa. Primero había pasado a recoger a mi prima.

—Sal, corre, no le hagas esperar el primer día —me apuró mi madre mientras me besaba en la frente.

Salí de casa sin mirar atrás, me temblaban las piernas. Me subí atrás como había dicho mi padre. Mi prima me dijo algo que no escuché. No pude evitarlo y volví la cabeza para atrás. Pude distinguir la figura de mi padre y de mi madre en la puerta.

Esa mañana de octubre de 1975, todo cambió para siempre.

# Primeros días



Lo primero que sucede es el dolor de cabeza. Todo comienza a darte vueltas y actúas como si fueses un robot, un coche teledirigido. No sabes lo que haces y, a veces, son locuras. Ahora que las recuerdo, no sé en qué estaría pensando...

A menudo empezábamos a trabajar y ni siquiera había tiempo para comer. Pegábamos a las siete o las ocho de la mañana y a las seis de la tarde te dabas cuenta que solo habías desayunado, ni siquiera eras consciente del dolor que sentías o de lo entumecidas que estaban las manos y los pies.

Siempre te decían que a la una se paraba para almorzar, pero si había una entrada o una salida, la prioridad eran las habitaciones y que el cliente se la encontrara preparada para disfrutar de sus vacaciones.

Yo los veía llegar felices e ilusionados. Y sobre todo despreocupados. Si me cruzaba con ellos sonreía y les saludaba, aunque sabía que no me entendían; el saludo no se le niega a nadie.

En ese momento sentía envidia. Pero de la sana, que yo nunca he deseado mal a nadie. Me preguntaba por qué eso no me podía estar ocurriendo a mí. Que qué había hecho yo para no merecerme unas buenas vacaciones, un apartamento limpio y recogido, una playa y un sol de película y gente a mi alrededor pendiente de mis deseos.

En este mundo unos están para servir y otros para ser servidos. Está muy mal repartido. Las que estamos en este lado somos muchas más. Y desde el principio te das cuenta que difícilmente llegarás a estar en el otro. En esos momentos pensaba que si paría una hija no quería que ella estuviese en el lado en el que estaba yo. Y si fuese así, porque no queda otro remedio o es lo que ella elige, que tuviese las cosas muy claras para que supiera en dónde están los límites. La dignidad no es decir a todo que sí, sino saber cuando tenemos que decir que no. Y en esa época yo no sabía hacerlo. Aprendí mucho más tarde. Eso es otra historia.

# La ventana



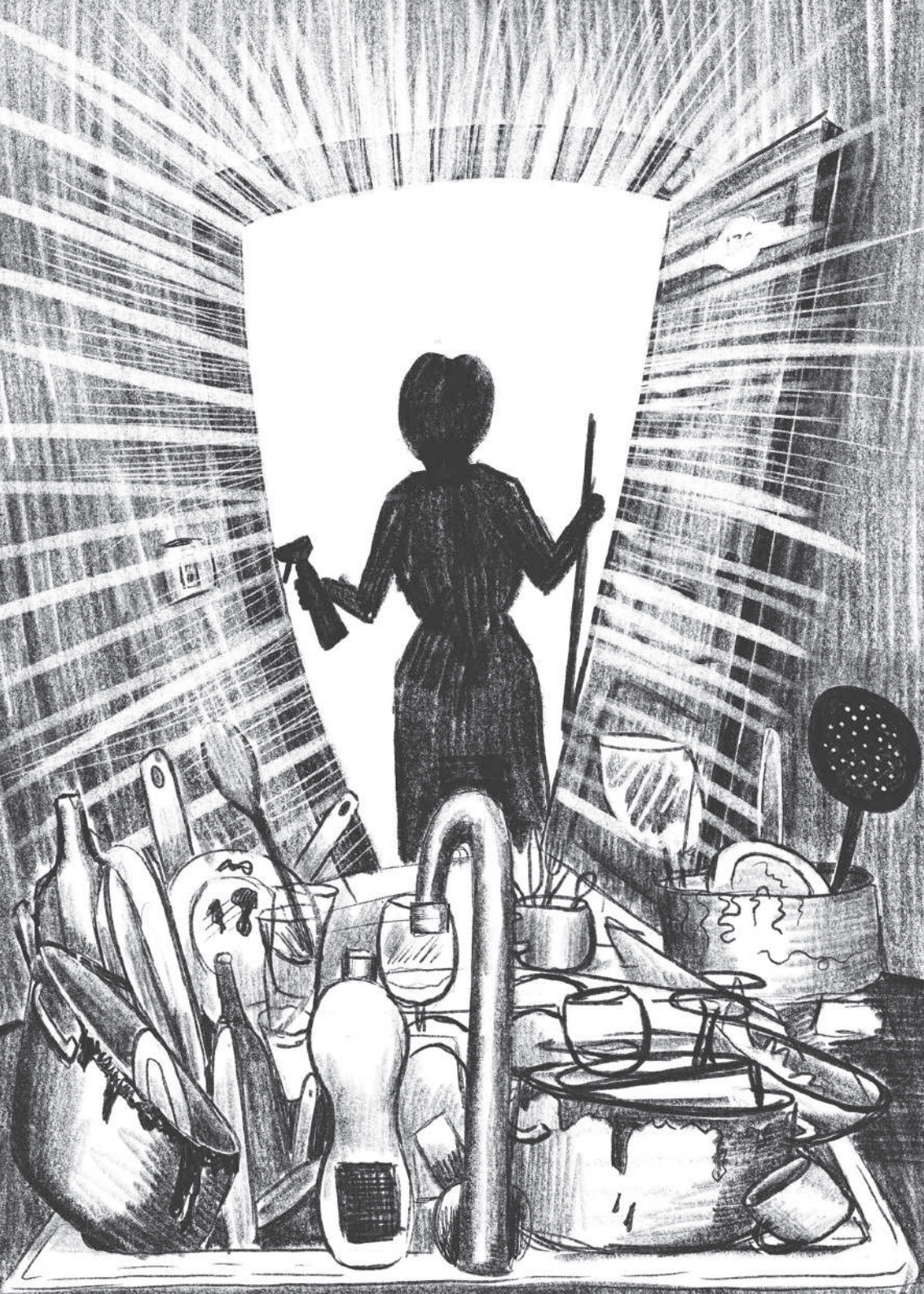
Un día estaba agotada. Cansadísima. Mi cuerpo iba, por un lado, y mi cabeza por otro. Tenía que esperar que mi prima también terminara y que llegaran a recogernos para subirnos al pueblo.

Cuando una está muy cansada, no es capaz de pensar ni de razonar. Los primeros años hacía lo que me decían sin rechistar. Eso me sirvió para aprender y poder resistir hasta que ya mi cuerpo dijo basta.

Habían dejado un apartamento a las doce de la mañana. Y la nueva entrada era a las dos de la tarde.

Cuando abrí el apartamento se me vino el mundo abajo. Lo había ocupado un matrimonio joven con dos niños y eran unos cochinos. El corral en donde duermen las cabras de mi madre estaba más limpio que los baños y la cocina que yo me encontré. Todo muy jedito. Pero mucho.

Los calderos amontonados en la encimera, sucios y con restos de comida. ¡Y como estaba el fregadero!, y eso que mi compañera había limpiado la loza el día anterior; los pañales con la mierda de los niños tirados en las habitaciones; las toallas manchadas, preferí no preguntarme de qué eran esos chorros...; había huellas de zapatos en las paredes y ropa interior regada por la terraza; el baño era un chiquero, ni siquiera habían tirado de la cisterna.



¿Cómo se puede ser tan guarros y ensuciar tanto en menos de un día?

Además, tenía a la gobernanta comiéndome la oreja y recordándome que había una entrada a las dos. Recuerdo que pensé en pedirle ayuda y que me mandara un refuerzo, pero eso hubiese provocado que una de mis compañeras trabajara el doble, porque no le iba a restar las tareas que ya tenía asignadas, sino que le iban a sumar la mía. Así que me callé. Me tomé dos aspirinas, me hice un café y me puse a limpiar.

Parecía una de esas *roomba* que existen ahora. Aunque esos aparatos no se cansan, cuando se les gasta la batería van solitos y se enchufan. Se cargan y vuelta a empezar. En momentos así trabajas como si estuvieras dentro de una pesadilla.

Por eso no me di cuenta.

Yo escuché unos gritos. Alguien chillaba mi nombre.

—¿¡Estás loca!?! Te vas a matar...

Estaba tan metida en la limpieza del apartamento, para acabar antes de las dos y tener un pizco de descanso, que no me había enterado que estaba colgada por fuera, limpiando las ventanas.

Con una mano me agarraba en el marco, y con la otra sujetaba la bayeta y fregaba los cristales.

Cuando miré abajo, vi a muchos *quiris* mirándome y a mis compañeras, gritándome. ¡Qué espectáculo!

Ese día descubrí que no tenía vértigo. Y también que yo no soy una *roomba*.

A la hora convenida, el apartamento estaba preparado de nuevo. Me dolían hasta las uñas de los pies.

# Las tareas no acaban



Cuando llegas a casa las tareas no acaban.

Ayudo a mi madre con los animales, paso por las cuatro fanegadas, que siempre hay algo que hacer, atiendo a mi abuela a la que cada vez la vejez le pesa más, ayudo en la cocina a preparar la cena de mi padre. Ayer me acosté sin cenar de lo agotada que estaba.

No se puede imaginar por mucho que alguien lo intente. No es un recuerdo que va y viene. No es un dolor que se cura con una crema o una pastilla. No es una queja que una suelta para sentirse mejor. No es un estado que se solucione con una siesta o unas horas en la cama.

El dolor del alma no se cura así. Ya llevo unos meses raspando suelos y fregando de rodillas y empiezo a echar de menos la vida que tenía antes. Ni siquiera me han pagado. O sea, que trabajo gratis. Y mejor me callo, no sea que la tomen con mi prima, que sí que cobra. Tampoco quiero decepcionar a padre y sé que el dinero, cuando llegue, ayudará en casa.

Una de carb  
y otra  
de arena



Empecé el día con ánimo y energía. Cuando voy camino del trabajo siempre intento pensar que será un buen día, que hoy terminaré a mi hora y que me dará tiempo a comer lo que llevo en el bolso. Pero hay días que todo se tuerce nada más empezar.

Justo en el primer apartamento que me tocó, se me acercó una niña de unos siete años que se estaba quedando allí con su familia y, sin cortarse un pelo, me soltó con toda la cara del mundo: «Tú eres la criada de mi madre». Cuando la oí me hirvió la sangre. Estoy cansada de tanto desprecio por parte de gente que se cree mejor que yo, cuando yo estoy trabajando y ganándome la vida honradamente, como cualquier hijo de vecino.

Tal era mi enfado, que no se me ocurrió otra cosa que coger el palo con el que estaba fregando e ir detrás de la niña. Fue una reacción de protesta, ya que sabía que no le iba a pegar de verdad. Mientras me acercaba a ella iba murmurando: «¿Cómo que la criada? A mí nadie me dice eso porque yo no soy una criada».

En ese momento me vio el recepcionista y, pensando que de verdad iba a darle con el palo a la niña, intentó pararme gritándome: «¡Ven aquí! ¿Pero tú estás loca?». Menos mal que no le dijo nada al jefe, él también está cansado de algunas actitudes de los clientes y comprendió mi enfado. Lo más triste es que a lo mejor la niña solo estaba repitiendo una frase que había escuchado a sus padres.

Esa fue «la cal» de mi día de hoy. La arena me la dio otra señora, también canaria. Mientras limpiaba su apartamento, muy amablemente me dijo con voz sincera: «Mira mi niña, aquí está la nevera. Tú, cada vez que vengas, abres la nevera, y coges lo que quieras coger. Como si estuvieras en tu casa».

Gracias a esa «arena» pude terminar el día con una media sonrisa. La verdad que hay gente para todo.

Somos  
novios



Hoy estoy contenta. Por fin he podido librar un domingo. Casi un día completo para mí.

Me desperté temprano, porque ya tengo el cuerpo hecho. Pero me quedé en la cama un rato, hasta que mis hermanas se levantaron.

Nos preparamos y fuimos a la misa de doce. Mi madre había planchado los trajes de todas, como era su costumbre. Después de desayunar, nos aseamos y peinamos. Mi hermana me desenredaba el pelo y yo me reía. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto con ellas.

Pero lo mejor llegó después. Cuando llegamos a la plaza había mucha gente. Me parecía el pueblo más bonito de todos los pueblos del mundo. El kiosco estaba lleno de hombres y las mujeres nos juntábamos en la puerta de la iglesia.

Antonio estaba sentado en un banco. Me miró y sonrió. Yo también lo hice, pero me puse la mano delante de la cara para que no me viera. Me hizo un gesto y yo asentí. Los pies me temblaron. Mi madre, que me llevaba cogida del brazo, se dio cuenta. Mi hermana me preguntó por qué me sudaban las manos.

Yo había coincidido con él a la entrada de la escuela. Los niños iban a la planta de arriba y las niñas nos quedábamos en las aulas de abajo. El recreo, ellos lo hacían atrás,

en el terreno del cura y nosotras delante de la escuela. Pero el camino al colegio lo hacíamos siempre juntos todos los chiquillos.

Antonio había aprendido el oficio del padre. De madrugada, desde la Playa de Mogán salían a pescar, hasta entrada la mañana. Dependiendo de las temporadas, iban más al norte o buscaban los bancos de peces en lugares que ellos solo conocían. A su abuelo se lo llevó un golpe de una ola traicionera. Fue una gran pena para todos, porque era el que barruntaba el tiempo con las cabañuelas, para saber cuando iba a llover. A todos nos ayudaba. A unos para la mar y a otros para la siembra. Se llamaba como él.

Lo más que me gustaba de Antonio era que nunca alardeaba de nada. Hablaba poco y cuando lo hacía, su voz parecía la de un actor de esos de las películas. Y además era alto y muy guapo.

A mí me parecía el más guapo de todos.

Pensaba que la misa no iba a terminar nunca. Don Marcial dio una homilía interminable. A la salida, todos nos parábamos a hablar y el bar, que estaba en el centro de la plaza, volvía a llenarse. Antonio se acercó a mi padre y habló con él. Luego caminó hacia donde estábamos nosotras y le pidió permiso a mi madre para hablar conmigo. Ella sonrió. Y nos sentamos en un banco.

Antonio me dijo que siempre se había fijado en mí. Que en unos meses se iba a Hoya Fría a hacer el servicio militar, pero que a la vuelta trabajaría muy duro para reunir el dinero suficiente para sentarse con mis padres y mostrarles que él iba en serio, que era una persona de palabra y que, si yo quería, seríamos novios.

Yo no supe qué contestarle, y no es que no quisiera, sino que me daba mucha vergüenza.

Tenía la boca seca y no me salían las pocas palabras que estaba pensando. Solo atiné a decirle que se fuera tranquilo, que yo estaría aquí cuando él volviera del cuartel y que yo también trabajaría mucho y que hablaría con mis padres para que una parte de mi salario, pudiera guardarlo para un futuro.

Luego me pidió permiso para cogerme la mano, pero le dije que no. Las tenía tan sudadas que me daba mucho reparo y no quería que pensara que estaban sucias. Pero le prometí que, a su regreso, no me importaría que fuéramos juntos a los bailes y que me diera la mano todas las veces que él quisiera.

Antes de despedirse me dijo que se sentía el hombre más feliz de todo Mogán y que San Antonio había escuchado todos sus rezos y que, si se me apetecía, podríamos ir juntos a la procesión en Junio. Yo le dije que me encantaría pero que no sabía cómo iban a ser mis turnos para aquel entonces.

Me dijo adiós levantando la mano y sonriendo. Yo hice lo mismo. Mis padres me estaban esperando y volvimos todos a casa. Almorzamos y la tarde del domingo la pasé dándole vueltas a todo lo que me había pasado. Mi padre escuchaba en la radio los partidos de fútbol. Mi madre cosía una traperera para mi abuela, para tenerla lista antes de que llegara el invierno. Mis hermanas no pararon de incordiar-me y de chincharme para que les contara lo que había sucedido. Pero yo no dije nada. Quería tener algo mío..., solo para mí.

# El muerto y la pinocha



Hoy, a pesar de que tenía un montón de salidas me he reído mucho.

Ayer estaba en la habitación donde está el material y la ropa limpia, cargando mi bolsa de rafia con el papel higiénico, los paños y cogiendo ropa de cama limpia por tercera vez, cuando se me acercó Sarito. Ella es un poco miedosa y a veces le gastamos alguna broma.

Tenía que limpiar un bungalow de cinco extranjeros y estaba atenta a ver cuando salían para poder entrar. Salieron cuatro huéspedes a la piscina, uno tras otro. Pero faltaba uno. Como le daba vergüenza entrar me pidió ayuda. Yo tenía claro que la prioridad era salir a mi hora, así que le dije: «pues si no sale, entramos y limpiamos».

Ella se quedó haciendo la cocina y yo subí a los dormitorios. Al bajar la escalera le dije: «Cómo iba a salir el hombre, si iestá muerto!»

Enseguida avisamos a recepción, el bungalow se cerró y ya ellos se encargaron de avisar a sus amigos, a la policía, hacer todos los trámites, etc... y nosotras tuvimos que darle a Sarito una tila y hacer entre todas su trabajo porque la mujer estaba temblando y juraba y perjuraba que ella no entraba más en ese apartamento.

Yo no creo en fantasmas, bastantes problemas tenemos los de aquí para que los que ya están muertos quieran seguir molestando.

Hoy cuando llegué me encontré con la misma hoja de trabajo. Yo tenía los bungalós de la zona 4 par y Sarito los de la zona impar, donde estaba el apartamento del muerto.

Cada vez que entraba en una habitación yo le tiraba hojas de pinocha a la ventana y ella salía asustada diciendo que había oído un ruido extraño. Y yo le quitaba hierro y le decía que estaba obsesionada, aunque por detrás me estaba muriendo de risa.

Hasta que me vio la gobernanta y se dio cuenta de lo que pasaba. Ese día nos cambió las zonas de limpieza y ahora yo hago siempre el bungaló del muerto.

Nunca he oído un ruido ni se me ha aparecido ningún fantasma, y lo siento por su familia, pero si no le echamos humor a la vida, no vale la pena vivirla.

*¿Qué hace  
usted aquí?*



A veces pienso que debía haberle pegado una *trompá* y sacarlo volando por la ventana. Voy a intentar tranquilizarme porque estoy de los nervios y lo único que me faltaba es que me diera algo y acabara en el hospital para tener mañana que ir a trabajar como si nada.

Esta mañana estaba haciendo mi trabajo, limpiando las habitaciones del complejo como un día cualquiera.

Normalmente, cuando llego a un nuevo cuarto toco en la puerta muy fuerte, para que se me escuche, y luego cuento hasta 15 muy despacio. 1, 2, 3, 4... Si nadie me responde, abro la puerta con la llave maestra que tenemos las camareras de piso y entro a hacer mi trabajo.

Hoy, según abrí la puerta de una habitación, me encuentro a un señor que pega su cara a la mía y me grita de muy malas maneras:

—¿Qué hace usted aquí?

Yo, intenté tranquilizarme ante la violencia que expresaba el cliente, y le expliqué, de buenas maneras, lo que ocurría.

—Mire caballero, yo toqué y nadie contestó... Por eso pensé que la habitación estaba vacía.

En vez de comprender mi razonamiento, se enfadó mucho más e incluso fue a la recepción a quejarse de mí. Según él, «una mujer sin identificar le tocó en la puerta para cambiarle las toallas».

De nuevo intenté mantener la calma e intentar explicarle que si no deseaba que lo molestaran debía poner un cartel que está detrás de la puerta y que pone «no molestar». Su respuesta, ejemplo de su brutalidad, fue un: «yo pongo el cartel si me da la gana».

Me sentí muy dolida con la actitud de ese señor. Era como si en vez de agredirme con su contestación me hubiera pegado una bofetada. Nunca voy a olvidar la impotencia y la angustia que sufrí. ¿Qué necesidad tiene la gente de ser así? ¿Tratará de esa forma al mecánico que le arregla el coche o a su peluquero? No sé si el que fuera un canario quien mantenía esa actitud tuvo que ver también con lo mal que me dejó el cuerpo.

Pero ahí no quedó todo. Supongo, que buscando que me despidieran o que me sancionaran en mi trabajo, fue a hablar con el director del complejo. No sé lo que le contó, pero cuando se fue, el director me llamó para que diera mi versión. Le conté lo que había pasado y gracias a que conocía mi trayectoria me creyó y entendió que el cliente, en este caso, no tenía razón.

Pero a veces me pregunto, ¿qué hubiera pasado si fuera una trabajadora nueva? ¿Me hubieran despedido? Siempre me quedará esa duda y esa rabia.

# Boda



Hace cinco días que nos casamos. No escribí porque nos fuimos de luna de miel a Lanzarote.

Lo pasamos muy bien y disfrutamos mucho de la isla. A mí me hubiera dado lo mismo ir a Madagascar, Japón o Cáceres, con tal de estar con Antonio... Por eso no había escrito estos días en el diario.

Hace unos meses le conté que casi todas las noches escribía. Que para mí era una manera de vivir en otro lugar y de entender lo que me ocurría y lo que le pasaba a la gente que yo quería. Le dije que él podía leerlo cuando quisiera. Pero Antonio comentó que él no necesitaba leer nada, que, con mirarme, ya sabía cómo estaba.

Solo me dieron tres días de permiso. La gobernanta se molestó conmigo porque, según ella, había elegido una mala época para casarme, de mucho movimiento y de muchas salidas y entradas. Que ella necesitaba todo el personal y que le parecía muy bien que yo estuviese coladita por ese Antonio, pero que solo me iba a dar tres días de permiso y que luego tendría que recuperarlos, cubriendo a mis compañeras en sus ausencias.

Durante este último año, hemos construido al lado de la casa de mis padres, una habitación, un baño y una cocina. Por lo pronto no necesitamos más, cuando ya lleguen los niños iremos ampliando la casa. Yo tenía la idea de agrandar la casa de mis padres, pero fueron ellos los

que prefirieron que no. Mi padre dice que un matrimonio debe tener su propia casa.

Entre todos y algunos amigos del pueblo aprovechábamos cualquier rato libre para levantar nuestra casa. Al lado construimos un pequeño corral para unas cuantas gallinas y una cabra.

Cuando una es feliz, no necesita muchas cosas.

Hemos hablado de que los dos seguiremos trabajando para poder pagar el dinero que su padre nos prestó para comprar algunos materiales, los muebles y los gastos de la boda. Mi madre me regaló el traje. Nunca me había sentido tan guapa y, al lado de Antonio, parecía también más alta.

Para la celebración matamos un cochino y brindamos con vino que nos regaló un amigo de Antonio que vino de Tenerife y que hizo la mili con él.

Hoy fue el primer día de trabajo para los dos. Mis compañeras me gastaron algunas bromas.

Pimpe, que venía del Doctoral, es un bicho. Durante días había estado cogiendo preservativos de las habitaciones. Los infló como sopladeras y me los amarró al carro. No se lo he contado a Antonio porque me dio vergüenza.

He cogido todos los turnos de la mañana, porque así cuando regreso a casa coincido con Antonio. Él baja mucho más temprano que yo. Cuando llegue la temporada del atún, pasará días fuera, y yo me quedaré de nuevo en casa de mis padres. Porque aunque estén cerca, no creo que me guste dormir con la cama vacía.

Queremos tener tres o cuatro hijos. Antonio aprovecha los días que no sale a pescar para ir ampliando la casa. ¡Qué ilusión más grande!

El niño lo  
tiene todo  
sucio



Dicen que el que tiene niños no pasa vergüenza. Yo aún no lo sé, porque no tengo hijos, pero me parece a mí que hay padres que aprovechan que tienen hijos para justificar muchas cosas.

No estoy de acuerdo del todo con esa frase, sobre todo porque hay otro refrán que dice que «se coge primero a un mentiroso que a un cojo».

Lo que me pasó hoy me reafirma en esa creencia. Esta mañana las dos primeras limpiezas que me tocaron eran dos apartamentos que habían sido alquilados por una misma familia. El primero que hice estaba súper limpio, casi se podía comer en el suelo sin miedo a coger ninguna enfermedad. ¡Ojalá hubieran más clientes como esos!

Inocente de mí, pensé que el otro apartamento, que era de sus cuñados, iba a estar igual de limpio, por eso de ser familia. Pero según entré me di cuenta de que no iba a ser así. Me cuesta encontrar palabras para describir cómo estaba el lugar. No me gusta usar palabrotas, pero el apartamento estaba lleno de mierda.

La mujer, cuando vio mi cara, debió entender que estaba sorprendida y asqueada por encontrarme en semejante pocilga. En un intento de justificación, no se le ocurrió otra cosa que decirme con voz de resignación:

—El niño me tiene el apartamento podrido.

Aunque estaba empezando el día, al oírla decir eso me hirvió la sangre y no pude callarme:

—¿El niño le tiene el apartamento podrido? ¿El niño cocina?

—No, el niño no cocina —me respondió con voz vacilante.

—¿Y de dónde son ustedes? —le pregunté con ironía.

No me acuerdo de qué lugar me dijo que venían, solo recuerdo mi respuesta:

—Pues... ¡Si me ven por allí, no me saluden!

Y con la misma me dirigí al dormitorio a hacer las camas mientras me tranquilizaba.

Mi trabajo es limpiar los apartamentos para que los clientes se encuentren en un ambiente limpio, cómodo y confortable durante su estancia. No pretendo que todo esté limpio e impecable, pero que por lo menos, la suciedad que haya en ellos sea la normal de un uso diario. A veces, tenemos clientes que yo creo que tienen la enfermedad esa de Diógenes, que se dedican a guardar basura en sus casas. Sino no me explico cómo pueden vivir así.

# Preñada



No puedo ni con mi alma. Me cuesta muchísimo levantarme del suelo después de limpiar el piso. Recoger las camas es un suplicio que no le deseo a nadie. En muchas ocasiones no llego al baño y me hago pis. Son casi 8 meses y medio.

Gracias a mis compañeras. Una de ellas le dijo a mi gobernanta que si no había parido alguna vez, que no tenía derecho a que yo siguiera trabajando. Gracias a eso me pusieron una compañera para ayudarme.

Ayer hice nueve salidas y once camas. Mi gobernanta dice muchas palabrotas. Esa boca es un infierno, y por ella sale fuego. No sé si tendrá la lengua dividida en dos... No me gusta pensar así de la gente que no conozco. Dice tantas palabrotas que yo me pongo las manos en la barriga para que Auxiliadora, que es como se va a llamar nuestra hija, no escuche tantas palabras feas. Los primeros años lloraba, porque yo no estaba acostumbrada a escucharlas.

Se le aflojó el corazón y me dejó salir una hora antes. Yo me fui directa al médico a pedirle la baja. Como tenía hinchados los pies, el doctor me recomendó descanso. Retención de líquidos me dijo.

Le he pedido a Antonio que mañana le lleve el papel del médico al director del hotel. Que a él no le dirá las cosas que nos dice a nosotras porque él es un hombre. No se va a atrever.

Sé que no traeré a casa las propinas y que el sueldo no es mucho, pero en mi estado eso no nos importa. Además, Antonio me ha dicho que los días están saliendo buenos. Hay peces. Y si hay peces, hay pesca. Y si hay pesca, hay dinero.

Entre mi padre y Antonio, terminaron la ampliación de la casa. Ya que estaban, aprovecharon e hicieron dos habitaciones nuevas. La casa ha quedado muy bien. Estoy muy contenta y más ahora que puedo descansar y disfrutar de la compañía de mi madre. Desde que se casó mi hermana la pequeña y se fue a vivir a Telde, se siente más sola. La del medio también se casó y se fue a vivir a Veneguera, en una casa que sus consuegros tenían para su único hijo.

Auxiliadora será la primera nieta y todos están deseando verle el hocico. Mi madre ha vuelto a sonreír y no la veía tan contenta desde que enterró a mi abuela.

# La cabra



Ya llevo meses trabajando. Con la niña pequeña, apenas tengo tiempo de escribir, pero hoy se la llevó mi hermana para Veneguera porque me ha tocado trabajar el sábado, el domingo y Antonio está en el atún. Sin ellos en casa parece que me falta algo y aún no tengo sueño.

Aunque me acabo de duchar, me huelo las manos y aún huelen a cabra, olor que me hace volver a mi infancia en el Barranco de Mogán, al alpendre que había detrás de la casa de mis padres.

Una familia canaria ocupó un bungalow en el complejo donde trabajo. Cuando fui a limpiarlo, una señora mayor que me abrió la puerta me dijo de forma amable: «Arriba no subas mi niña». Mientras preparaba el piso de abajo, la huésped se puso en la terraza. Yo intenté explicarle que mi obligación era subir a cambiar las toallas y limpiar el baño, pero ella insistió que no hacía falta ir al piso superior.

Como me gusta hacer bien mi trabajo, en un despiste de ella subí la escalera lo más rápido que pude. Cuando abrí la puerta del baño me llevé el susto de mi vida, frente a mí había una cabra que me miraba a los ojos. El animal tenía cara de sorpresa pero yo me llevé un susto tan grande que no me acuerdo ni cómo bajé la escalera, aunque sí tengo claro que pegué un chillido que se tuvo que oír en todo el complejo.



Cuando llegué a la terraza, la mujer viendo mi cara y tras oír mi grito, supo enseguida que había subido a la planta alta. Llorando me pidió que por favor no dijera nada. Su nieto solo bebía leche de cabra recién ordeñada y no podía dejar al niño sin su desayuno.

La familia y la cabra estuvieron 10 días en el complejo. Afortunadamente, nadie se dio cuenta y yo, por supuesto, no dije nada. Ellos tenían todo limpito y la cabra era una más de la familia. Aunque me quedó la duda de cómo hicieron para entrarla y sacarla del bungaló sin que nadie se diera cuenta.

Yo solo  
cumpló las  
normas



Nosotras no ponemos las normas del hotel, pero somos las que damos la cara ante los clientes y al final las que nos llevamos los comentarios desagradables y las sonrisas irónicas.

La gente no entiende que a nosotras nos dan unas órdenes: lo que tenemos que hacer en cada apartamento, cuando lo tenemos que hacer y cómo. Cuántas toallas debemos dejar, cuántas sábanas, cuántos rollos de papel higiénico. Qué camas debemos hacer, qué baños debemos limpiar y qué pisos barrer.

Ayer mismo me vi en la situación de aguantar las impertinencias de una clienta, cuando está claro que nosotras no ponemos las normas.

Yo estaba fregando la loza en un apartamento sin darme cuenta que tenía la puerta abierta. Cuando terminé me fui al de al lado para seguir con mi trabajo. Una vez que hice todo lo que me correspondía, me despedí de los huéspedes, que estaban en la terraza tomando unas cervezas. Esperaba que me dieran por lo menos la gracias, pero lo que dijo el hombre me dejó helada:

—¿Por qué a mí no me friegas los platos y al de al lado sí?

Entonces comprendí que me había visto. Intenté explicarle que a los nórdicos se le cobra más por el alojamiento, por lo que tienen derecho a que se le limpie la loza. Espero que haya comprendido que no le presté el servicio por

ser de canarias, sino porque la empresa me da un tiempo para hacer los apartamentos y unas normas a cumplir.

A pesar de esa orden yo, y creo que muchas más compañeras, cuando llegamos a una habitación o apartamento de cualquier cliente y el lugar está ordenado y las camas están hechas no nos importa fregar un par de platos o vasos. Lo que no estamos dispuestas es a limpiar un montón de loza apilada en el fregadero. Además, no solo suelen dejar la loza para que la limpiemos, también dejan sucio los sartenes, los calderos, el calentador... Parece que el último día se extreman en usar todo lo que tiene el apartamento en los roperos. Hay salidas que necesitan de un día entero para poner el apartamento como estaba.

# Más hijos



A veces la vida no me da para más. Y aunque no he dejado de escribir este diario, no conté el nacimiento de mi segunda hija. No es solo un despiste, sino que una va con el culo a dos manos de un lado para otro. De la casa al trabajo; del trabajo, corriendo a recoger a los niños cuando no lo hace mi madre, y luego al supermercado. Y todo esto antes de llegar a casa, y cuando eso sucede, empieza de nuevo el trajín.

Y de verdad que no me quejo. Estaba releendo las primeras páginas y me eché reír. Llegué a escribir que dejaría de trabajar. Pero cuando uno tiene hijos todo cambia. Quieres lo mejor para ellos y yo no quiero que se dediquen a lo mismo que se han dedicado sus padres. El mar es muy duro, no tiene nada que ver con esa vida romántica, que a veces vemos en el cine y además, ya no da lo que daba antes. Mi trabajo es muy digno, ¿pero qué quieres que te diga? Yo nunca he sido una persona orgullosa y he aprendido con el tiempo a valorar lo que hago y a no dejarme despreciar por los demás, y que las miradas y los comentarios no me hagan daño.

A veces hasta me divierten. Pero no para mis hijos. No quiero este trabajo. Que estudien. Me da igual que luego decidan hacerse arquitectos o zapateros, a meterse en el barco con el padre o ponerse a raspar de rodillas pintura, como la madre, pero cuando lo hagan, que sea con estudios, después de haber vivido un pizco más de lo que nosotros vivimos.

Y para que todo eso suceda, necesitamos el dinero. Y el dinero lo da el trabajo.

Mi segunda hija nació en abril, en medio de la Semana Santa. Le pusimos de nombre Lucía. Una clienta me dijo que significaba luz. Y fue lo que trajo. Igual que Auxiliadora, que había nacido dos años antes, y aunque esperábamos un varón, nos llenó la casa de risas y alegrías; también de bucheces y pañales cagados. Pero este olor a mierda no duele.

Hace dos semanas nació nuestro tercer hijo. Y ya le dije a Antonio que este era el último. Me miró con cara regañada, que es la cara que se le pone cuando después de estar horas en el mar no trae casi nada, o cuando su equipo, la Unión Deportiva Las Palmas, no gana el partido del domingo y esto sucede con cierta frecuencia. Lo bueno que tiene Antonio es que se le pasa pronto. Y cuando vio y tuvo entre sus brazos a Antoñito, se le olvidó la idea de tener más.

Tengo suerte de estar casada con una persona así, que me cuida tanto y que está tan atento a mí, a pesar de las horas que pasamos separados. Muchas canciones lo dicen, pero yo no necesito escucharlas, porque yo sé que el amor lo puede todo. Y Antonio me quiere y yo lo amo. Así ha sido desde el principio y será hasta que me muera.

Yo no me considero una mujer guapa, pero estoy de buen ver. A pesar de haber tenido tres hijos en ocho años, todavía tengo las tetas en su sitio. Yo no sé lo que les pasa a los hombres, pero ven una mujer con uniforme y se les va la cabeza. Ningún cliente ha intentado sobrepasarse conmigo. He tenido suerte. Algunas compañeras sí han sufrido experiencias y momentos muy jodidos. Antes no se denunciaba. Te escapabas de la habitación como podías y pedías un cambio de turno. Más de uno sí que se ha insinuado y me ha hecho comentarios. Yo no sé inglés, ni alemán, ni sueco... Hay cosas que se entienden, aunque no tengas ni idea de lo que te están diciendo. Cuando eso sucedía, a mí me daban arcadas, solo de pensar que otro hombre, que no fuese Antonio, pudiera tocarme.

Antoñito nació algo bajo de peso. Así que me recomendaron que, además del pecho, lo complementara con algún que otro biberón. A la semana se acostumbró a la tetina. Tenía que hacer mucho menos esfuerzo que para mamar del pecho. Cuando la gobernanta se enteró, me llamó para decirme que me incorporara antes, que total como no le iba a dar el pecho, la abuela podía darle el biberón. Me dijo también que ella no encontraba nadie tan responsable y que hiciese el trabajo como lo hacía yo. No me molestó su llamada y ni siquiera le presté atención. Lo tenía claro. Mis derechos son mis derechos y nadie me iba a quitar la oportunidad de estar con mi hijo todo el tiempo que pudiera. Cuando empiece de nuevo a trabajar, me

voy a perder gran parte de su vida. Y en estos años había aprendido. Le dije que no. Sin explicaciones.

Por suerte para mí y para todas las mujeres que quieran ser madre, las leyes han ido cambiando. Con mi hija Auxiliadora solo pude disfrutarla catorce días, antes de volver al trabajo. Lloré mucho, hacía tiempo que no lo hacía tanto. Y no porque aún me doliera la cesárea y los puntos, sino porque sentía que abandonaba a mi hija. Pero ya con la segunda, y ahora con el pequeño, nadie me va a quitar el derecho de disfrutar estas dieciséis semanas. Y después veremos si me pilla una baja y que trabaje *Rita, la cantaora...*

# La familia



Acabo de llegar de la farmacia y esta vez no me pude callar. Al gracioso que estaba haciendo un chiste de suegras lo dejé con la palabra en la boca. A cada momento escucho chistes e ironías sobre los suegros. Que si se meten en todo, que si echan a pelear los matrimonios... ¡Mentiras y más mentiras! Y la gente les ríe la gracia sin darse cuenta de lo que hacen. Cuántas de nosotras hemos podido trabajar gracias a la familia. De un lado y de otro, sin distinción.

Impensable con el sueldo de la hostelería el poder pagar a una «canguro» que supliera todos los trabajos que conlleva educar a los hijos. Levantarlos por la mañana, prepararles el desayuno, llevarlos al colegio y luego pasar a recogerlos al medio día. Tras el almuerzo hay que vigilar que hagan los deberes del día y estar pendientes por si necesitan apoyo en alguna asignatura. Por la noche toca baño, cena y preparar las maletas para el colegio al día siguiente. A eso hay que sumarle los cumpleaños a los que hay que llevarlos, las tutorías en el colegio, las actividades extraescolares, visitas al médico o actos escolares donde ellos quieren que participen sus familiares.

¿Cómo se puede hacer todo eso cuando se empieza a trabajar a las 8 de la mañana y se termina a las 9 de la noche? La respuesta es muy sencilla: no se puede.

Muchas compañeras, y yo misma, nos lamentamos de no haber podido ver crecer a nuestros hijos. Estos pudieron

vivir su infancia gracias al apoyo de sus abuelos. Si la gente supiera lo que es llegar a tu casa a las 10 de la noche y no poder quitarte sola los calcetines de lo molida que estás después de un duro día de trabajo, seguro que nos valorarían mucho más.

Las jóvenes camareras de piso, que voy conociendo, ven como parte del sueldo se les va en buscar ayuda para sus hijos, cuando ellas están en el trabajo. Guarderías, clases particulares, ampliación de horarios en los colegios... Lamentablemente, esa «gran familia», en la que participaban hasta los vecinos para apoyarnos en el cuidado de los niños, ya no se da.

Siempre me ha parecido muy bonito como según van creciendo, nuestros hijos siguen llamando «tata» a una vecina que los recogía del colegio y les daba el almuerzo, aunque no hubiera lazos familiares por medio.

Aún hoy en día, cuando se acercan días señalados como Reyes o Noche Buena, mis compañeras se ponen tristes. No porque no les gusten esas celebraciones, sino porque recordamos como eran esas fechas cuando nuestros niños eran pequeños. Como teníamos que trabajar el día de Reyes por la mañana, los juguetes los entregábamos a las 12 de la noche. Teníamos que usar la imaginación para explicar por qué llegaban a esa hora y no al amanecer como les pasaba al resto de niños del barrio.

Y eso no era todo. Cuando la chiquillería salía a la calle a mostrar sus regalos y disfrutar de la alegría de ese día, nosotras estábamos limpiando para gente que ni nos veía, para los que solo éramos fantasmas que pasábamos a su lado. Es verdad que esos días sí que limpiaba sin alma.

Qué penita que no sepamos ser más agradecidos con la gente que nos ha ayudado tanto.

Vienen 2  
y aparecen  
20



Algún encargado político del sector turístico debería contratar a arquitectos y matemáticos para hacer un estudio sobre cuánta gente cabe en un apartamento de 25 metros cuadrados. Seguro que el número que van a señalar es muy bajo, comparado con los datos reales que tenemos las camareras de piso.

Afortunadamente, la cosa ha ido cambiando, pero hasta hace poco, cuando dos canarios alquilaban un alojamiento turístico, estos se multiplicaban como los Gremlins (una película que vi hace años de un bicho muy raro que cuando se mojaba empezaban a salir muchos de su espalda).

No sé si cuando un canario decía en recepción «vamos a ser dos personas» y en realidad aparecían diez en el apartamento era porque no sabían contar o porque tenían una cara que se la pisaban. Si una camarera de piso tiene un tiempo determinado para hacer una habitación con dos huéspedes, en ese mismo tiempo no puede limpiar y acondicionar un lugar donde hay conviviendo un rancho de gente.

Creo que todas las camareras de piso hemos sufrido ese abuso. A mí, en concreto, me pasó un caso que aún me quita el sueño y que, curiosamente cuando lo cuento a las compañeras, todas dicen haber vivido situaciones parecidas.

Un día estaba yo tranquilamente cerrando un apartamento que iba a tener una entrada en pocos minutos. Concretamente, lo iba a ocupar una familia de canarios. Según me doy la vuelta para ir a coger el carro que estaba en el pasillo me veo que se dirigía hacia mí un señor cargando al hombro un saco de papas de por lo menos 25 kilos. Una mujer, supongo que era su esposa, venía detrás con una caja de cartón que por su peso parecía que venía llena. La comitiva la continuaba una niña con una garrafa de cinco litros de aceite y un niño cargando un montón de bolsas de supermercado. Al final, por si éramos pocos, también venía la abuela.

Ante ese panorama me eche las manos a la cabeza y pensé para mis adentros: «Ay Dios mío, la que me espera». Lamentablemente, no me equivoqué. Al día siguiente, cuando fui a hacer mi trabajo al apartamento que ocupaban, según me abren la puerta me encuentro a la abuela escarranchada en un sillón pelando papas y tirando las cáscaras al suelo. ¡No se le había ocurrido ponerlas en el balde de la basura! Por si eso fuera poco, la señora paró de pelar las papas, me miró y me dijo: «Venga más tarde que estamos haciendo la comida». Creo que en ese momento un ojo me empezó a temblar.

Después de un rato, cuando terminaron de comer, volví para hacer mi trabajo y tardé más de una hora y media en poder limpiar todo el apartamento.

Yo, y muchas otras compañeras intentábamos no tener conflictos de este tipo. Bastantes cosas teníamos encima para tener que aguantar los insultos y desplantes de toda la gente que llenaba un lugar que realmente estaba preparado para dos o tres personas como máximo.

Otra cosa que nunca he entendido de las familias canarias es que vienen a descansar al sur, pero las mujeres se pasaban la mayoría del tiempo en la cocina del apartamento viendo la piscina solo por la ventana.

Tras la mañana cocinando, una vez que la comida estaba lista, salían al balcón o al pasillo para llamar a los niños a gritos. Sinceramente, yo si fuera ellas, me hubiera quedado en casita.

Aún hoy se puede encontrar ese tipo de familia en los complejos. Ahora vienen con el robot de cocina, la freidora y la cafetera de cápsulas. Es una lástima que la gente no tenga más conciencia y solidaridad hacia nosotras.

Cuando hablo de esto con alguien que no es del sector de la hostelería siempre me preguntan por qué, desde la recepción, no se pone orden en este asunto. Los complejos tienen varias puertas de entrada, una principal y otra secundaria. Además, muchos también tienen un acceso desde la playa. A veces, la dirección hace la vista gorda porque no quieren meterse en problemas, las únicas que debemos soportar las consecuencias somos nosotras.

Nuestro trabajo es ofrecer habitaciones limpias, y no les importa si tenemos que limpiar y sacar la basura de dos o de quince personas.

A todo esto se suma otra manía de los que viven en la isla. Como no tienen que coger avión ni barco, apuran hasta el último minuto la hora de salida del último día, por lo que después debemos entrar y limpiar corriendo y estresadas antes de que se produzca la nueva ocupación del apartamento.

Creo que voy a dejar de escribir por esta noche, estoy empezando a cargarme de una energía negativa recordando todas estas cosas y no quiero tener una pesadilla con un apartamento donde convive un montón de gente, pisándose unos a otros.

# Uniforme чисто



¡Qué feliz me siento! Y vaya tontería, parecíamos niñas chicas, un día de Reyes. Pero por fin hoy nos han quitado el dichoso uniforme. Trabajar con esa falda y esos pantalones era un infierno y sobre todo en verano, con este calor pegajoso y húmedo... Cuando por la noche llegaba a casa y me quitaba las medias, las piernas parece que volvían a respirar. Como cuando aguantas la respiración debajo del agua y sales de buenas a primeras antes de ahogarte. Me quedaba unos minutos sentada, masajeándome los muslos y las rodillas. Mi madre, a veces, me prepara agua caliente, vinagre y sal en un barreño y pongo los pies en remojo.

—Chiquilla, te vas a destrozar...

—¿Y qué quieres, mamá, que haga?

Entonces ella me miraba y sonreía. En ocasiones yo veía cómo sus ojos se empañaban y enseguida se giraba para que no la viese llorar.

Hace unos meses se me llenaron los pies de rozaduras y la piel como una especie de alergia que me picaba mucho. Incluso un día tuve la piel encarnada y estuve semanas sin poderme depilar. Yo nunca he visto uno de cerca, pero no tenía dudas de que mis piernas eran lo más parecido a las patas de un oso.

Un día fui sin medias porque no aguantaba más, pero luego estuve todo el día preocupada por si se me veía algo y en algunos momentos me sentí intimidada por cómo me miraban.

Además, cuando tienes un minuto para ir al baño o te viene el periodo es un suplicio. Imagínate quitarte la falda, el dichoso panti, la ropa interior y volverte a vestir para regresar al tajo antes de que te echen la bronca.

Ese uniforme era muy incómodo, un instrumento de tortura que solo servía para que los jefes sonrieran y estuviesen contentos y pensarán que ir así de monas les daba al establecimiento más caché. O sea, parecer más modernos a costa de nuestra salud. Ellos no tienen que tirarse al suelo y el ejercicio más duro que hacen en el día es agacharse para recoger el bolígrafo que se les ha caído al suelo o levantar el teléfono para llamar a alguna de nosotras para que lo haga por él.

Ahora tenemos unos pantalones cortos que nos permiten movernos más tranquilas. Son más cómodos y pasamos mucho menos calor. Parece mentira cómo un detalle tan simple, nos ha cambiado la vida, o por lo menos 8 horas de cada día.

Es curioso cómo somos capaces de aguantar tantas cosas y de no protestar. A veces también me pregunto si un pueblo educado para servir puede ser a la vez un pueblo

digno. Mis padres se partieron el lomo con tierras que no eran suyas; cuidaron animales y ordeñaron rebaños de cabras de las que no probaban su leche ni sus quesos; subían a la cumbre para traer leña que no iba a encender los fogones su cocina. Solo ahora, cuando ya están viejos, han lograron trabajar para ellos. Y si me tengo que pasar mi vida trabajando para otros, por lo menos que duela menos.

# Abrazos



Hoy me dieron un abrazo. Un abrazo que me supo a chocolate con churros.

Llevo años trabajando en la misma planta y hay clientes que vienen todos los años y que quieren alojarse en el mismo apartamento. Así que una los va conociendo. También va conociendo sus cosas, sus pequeñas manías, lo que les gusta y lo que no. Estas cosas las tienes en cuenta y haces que ellos se sientan no solo de vacaciones, sino también como en casa. Y aunque tienes que hacer las habitaciones iguales para todos, no voy a negar que me siento mejor con unos huéspedes que con otros.

No sé cuando llegan los clientes. No es mi trabajo. A veces suele ser en el mismo mes y otras veces, por cuestiones que se me escapan, aparecen un mes más tarde. Pero yo ya los estaba echando de menos. Nos acercábamos a diciembre y me parecía extraño que no hubiesen aparecido. Pensé que el fin de semana les escribiría. «Espero que no les haya pasado nada», dije en voz alta.

Y andaba yo con esos pensamientos cuando me la encontré en el pasillo. Casualidades de la vida.

Hannah cuando me vio soltó las maletas y me dio un abrazo. Yo solté el palo y le correspondí de la misma manera. Fue muy entrañable y me hizo sentir muy bien.

Hannah y Abelard viven en un pueblo de Alemania, cerca de unas montañas y de un lago. No sé bien en dónde es, pero ella me ha enseñado fotos y la verdad que es un lugar muy bonito. Me han animado varias veces a que vaya a verla y que me quede en su casa, pero yo no me atrevo a salir con todos los chiquillos y tampoco me gusta dejar a Antonio solo, porque él coge todos los barcos que tú quieras, pero no se mete en un avión ni borracho...

Me contó que ya era abuela. Que su nieto se llamaba Arno y que por eso no habían venido en octubre y retrasaron el viaje hasta finales de noviembre; quería ayudar a su hija un poco más.

Canarias, para ellos, es un lugar para descansar y desconectar, volver a *coger pilas*, como dice, para terminar el año. Su marido, Abelard, que siempre está muy serio, dejó escapar una sonrisa debajo de ese gran bigote blanco que le cubría todo el labio superior. Para mí fue como si hubiese otro abrazo.

Me preguntaron por mis hijos y por mi marido. Yo le conté que el pequeño ya había empezado a ir al colegio y que las otras dos crecían y se hacían unas mujeres hermosas. Que el padre seguía trabajando en la mar, pero que cada vez era más difícil cubrir los gastos del barco y de los empleados porque la pesca ya no era como antes.

Hannah se interesó por mi salud. Quise contarle lo que me dolía el cuerpo. Preferí callarme, para quince días que está en la isla, que se quede con lo bueno. También me preguntó por Antonio mientras me picaba el ojo. Y yo asentí y le dije que los años no le habían sofocado la intensidad, pero que yo ya no tenía las ganas de antes, aunque lo disfrutaba igual. Las dos nos echamos a reír y nos volvimos a abrazar, mientras su marido entraba las maletas en su apartamento.

Pero las sorpresas no acabaron ahí. Vino cargada de regalos. A mí me trajo una caja de galletas. Hace muchos años, a media mañana tenía un hambre tremenda. Yo era una chiquilla y solo había nacido Auxiliadora. Un día no pude resistir la tentación y vi un trozo de una galleta sobre la mesa y, como estaba limpia, por un impulso la cogí y me la metí en la boca. Sin darme cuenta de que ella estaba detrás. Se echó a reír y me preparó un paquetito con otra galleta. Me dijo su nombre. La vergüenza no me dejó decirle nada y terminé de limpiar y me fui. Al día siguiente, yo le llevé un paquete de ambrosias Tirma. Así empezó nuestra amistad.

Para mis hijos y para Antonio trajo unos dulces de manzana con jengibre y almendra molida, recubiertos de trozos de manzana asada. Ese día tuve que salir casi tres cuartos de hora después de que acabara mi turno. Tuve que recuperar el tiempo que perdí con Hannah. Pero valió la pena, porque me llevé sus abrazos y sus muestras de cariño; y

como decía mi madre, a nadie nos amarga un dulce, y menos si es alemán.

Llamé a Antonio para pedirle que fuera a recoger a los niños. También le dije que el sábado teníamos gente para cenar.

# Primera comuni3n



El otro día me caí haciendo una habitación. No me di cuenta de una toallita húmeda que estaba en el suelo y resbalé. Caí de culo y sentí un dolor intenso en las caderas. Fue un buen golpe. Me quedé un rato en el suelo. Me podía levantar y si gritaba, seguro que vendría alguien a ayudarme. Pero no era necesario.

Fueron unos minutos, pero me dio para pensar cómo había sido el fin de semana.

Como Lucía y Antonio se llevaban poco más que un año, le pedí al cura que hiciesen la comunión juntos. Mi madre aprovechó y arregló el traje de Auxiliadora. Mi padre hacía unos meses que había muerto, así que el revuelo de la preparación de la fiesta la tuvo entretenida. A ella y a mí. Lucía sí quería hacer la fiesta. Decía que se iba a vestir de novia. A Antonio le daba igual. En eso salió a su padre. No es que él no creyera, pero no tenía intención de demostrarlo. Cuando íbamos a la iglesia, él se quedaba sentado o en la parte de atrás. Yo lo veía mover los labios, aunque no se le escuchaba nada de lo que decía. Se transformaba en julio, durante las fiestas del Carmen. Y el día de la procesión, en Playa de Mogán, era el primero en llegar y el último en marcharse. Estaba en la Comisión de Fiestas. Imagino que pone dinero de su bolsillo. Aunque yo nunca le pregunto. Son sus cosas.

Antonio se encargó del convite. Como estaba acostumbrado, preparó un local que le prestaron, que estaba al

lado del ayuntamiento. Contrató un grupo de música. Mi madre se disgustó un poco, aún estaba de luto. Pero Antonio insistió en que necesitábamos un poco de alegría y que los niños se merecían una fiesta como Dios mandaba. Mi madre terminó cediendo por eso de que los muertos al cajón y los vivos al festón. El día de la misa los niños estaban guapísimos. Auxiliadora me ayudó a vestirlos. Mi madre se quitó los trapos negros y masculló que le daba igual lo que dijeran en el pueblo. Antonio se puso corbata y traje, estaba para comérselo.

Yo no había tenido tiempo ni de ir a la peluquería. Mi hermana, la de Veneguera, me peinó. Tuve que hacer cábalas para cambiar los turnos por otras compañeras. Nadie quiere trabajar un domingo, pero tengo suerte de contar con ellas. Y si una lo necesita, siempre hay dos o tres dispuestas a ayudar. También las hay que tienen el rabo torcido y tienen el hocico de lado los siete días de la semana, pero allá cada una con sus cosas. Si siembras rayos, te arriesgas a recoger tempestades.

—¡Pero muchacha! —me gritó Carmen—, ¿qué haces ahí como una jarea?

—Descansando...

Las dos nos echamos unas risas. Carmen me ayudó a levantarme.

—Estoy bien. Molida como un zurrón..., pero bien.

—Tengo en el carro Voltarén. Por cierto, ¿qué tal la primera comunión de los niños?

—¡De escándalo! Todo perfecto.

Luego le conté que vinieron mis hermanas, sus maridos, los primos de los chiquillos y alguna que otra familia de Antonio. Pocos amigos, porque cuando se trabaja para el turismo, los amigos están en el curro y la familia es casi lo único que tienes; no hay tiempo para salidas ni compromisos ni cumpleaños ni vainas de esas. Por eso es tan importante la Fiesta de la Virgen del Carmen o de San Antonio. Es el momento en el que nos vemos todos. Y así de año en año. O de funeral en funeral.

# Jugando al escondite



Hoy subí a la guagua en Las Palmas para volver a Mogán y me encontré con la hija de Mary. Está hecha ya una mujer, casi ni la conozco. Me saludó con mucho cariño y me dio recuerdos de su madre, que está ya jubilada y que ahora vive con su hermano en Vecindario.

Pasamos buenos ratos juntas, era de esas compañeras que siempre estaban pa' lo que a una le hiciera falta. Los sábados y domingos su hija la acompañaba en el trabajo e iba haciendo las camas, mientras Mary limpiaba el apartamento. La niña tendría 11 o 12 años. Ahora eso ya no se puede hacer, pero antes a los jefes les daba igual. Yo nunca llevé a mis hijas, prefería que se quedaran estudiando en casa.

Uno de esos días, la niña subió a la planta alta y bajó corriendo, diciéndole a su madre que había un señor escondido detrás de la cortina. A su madre le extrañó, pues estaba viendo al cliente, desde la ventana, bañándose en la piscina.

Subieron las dos con cuidado, se acercaron despacio y Mary corrió la cortina todo lo fuerte que pudo. Lo que vio, tanto ella como su hija, fueron dos piernas ortopédicas que alguien había dejado en ese lugar.

Su hija empezó a gritar asustada, por lo que tuvo que calmarla. Las dos miraron por la ventana y se dieron cuenta

de que el cliente, un turista extranjero, tenía una silla de ruedas al borde de la piscina.

La pobre niña estuvo un par de semanas sin aparecer, hasta que se le quitó el susto.

Yo miraba por la ventana de la guagua, recordando ese día y riéndome sola. Alguno habrá pensado «esa pobre mujer no está bien de la cabeza».

Cuando  
murió mi  
madre



A mí nunca nadie me ha clavado un puñal, pero creo que sé lo que puede doler. Hace unas semanas enterramos a mi madre. Yo estaba trabajando. Iba por la tercera salida del día. Unos irlandeses habían dejado la habitación como un verdadero chiquero. Incluso llamé al director para que viera el baño. Allí se necesitaba un balde de Zotal.

Cuando vi a Antonio en el pasillo, supe que algo había pasado. Mi madre estaba bien. Estaba arrugada, pero no era vieja. Se había sobrepuesto a una vida muy complicada: a la temprana muerte de mi padre, que solo conoció a su primera nieta, y a la lejanía de mis hermanas, que hicieron sus vidas en otros municipios. Mi madre fue madre de nuevo con mis hijos. No fue abuela. Es algo que también yo he aprendido: yo quiero ser abuela.

Mis hijos han salido adelante porque mi madre ha estado cerca. Me ayudaba con el colegio cuando aún no había comedor. Iba a buscarlos cuando se ponían malos. No quiso que entraran en la guardería hasta casi pasados los dos años, porque decía que como en casa, no iban a estar en ningún sitio. Me ayudaba con los cumpleaños, con las Navidades y con las Primeras Comuniones. Ella estaba pendiente de todo, porque yo siempre estaba cargando el palo y arrastrando el carro y el padre, echando las redes. Y también es justo contarlos. En algún momento de dificultad, con los tres chiquillos en el colegio y las redes vacías, no nos faltó nunca un primero, un segundo y un postre en la mesa.

Tengo un vacío en el pecho tan grande que siento que en cualquier momento me va a tragar a mí. No tengo fuerzas para nada. Solo me dieron dos días de permiso, que es lo que me corresponde, según me dijo la del sindicato. Uno para velarla y otro para enterrarla. Menos mal que mis hermanas se vinieron unos días conmigo para ayudarme a organizar todo. También para limpiar la casa de mamá. Llevamos toda su ropa a la parroquia. Yo me quedé con su traperera porque huele a ella. Antonio me ha dicho de comprarles a mis hermanas su parte. A mí me parece bien y a ellas también. A mis sobrinos les encanta venir al pueblo. Incluso algunos han dicho de regresar. Por lo pronto aquí tendrán una cama y una cocina para cuando quieran. Yo también quiero morir en Mogán y que me entierren cerca de mi madre. Me consuela saber que en algún momento yo voy a descansar de nuevo a su lado, como hice de niña y como hicieron mis hijos en tantas ocasiones.

El cura dijo que mi madre había sido una mujer muy generosa. Yo creo que se quedó corto. Se nota que hablaba de ella y no la conocía. La generosidad de mi madre no tenía límites. Y eso tiene que tener otro nombre. Yo no lo sé porque no soy mujer de letras y no tengo estudios. Pero la generosidad de mi madre tiene que tener otro nombre... En solo once letras no cabe todo el amor que mi madre nos dio a lo largo de su vida.

Ayer soñé que miraba en el hueco en donde habían metido el ataúd con los restos de mi madre. Solo encontré su

manta. Cuando me desperté, supe que siempre seguiría a mi lado. De alguna manera, esta certeza hace que me sienta tranquila. Mi mamá se ha muerto, pero no me ha abandonado y seguirá cuidando de nosotros. Yo creo en los ángeles de la guarda y mi madre se acaba de convertir en uno.

Ahora mi responsabilidad es no olvidarme de ella. Es así como los vivos cuidamos a nuestros muertos.

Venga  
a las 4



Hay camareras de piso que se callan todo y otras que deciden «ponerse en su sitio» ante una situación injusta. Eso no quiere decir que esa forma de actuar pueda cambiar en una misma persona: «hoy me callo» pero otro día ante una situación similar «digo lo que pienso».

Hoy me encontré a una compañera llorando al final de un pasillo, frente al extintor de la planta. Le pregunté la razón de encontrarse allí sola y con lágrimas en los ojos. Me comentó, entre sollozo y sollozo, que su turno terminaba a las 3 de la tarde, pero que cuando estaba haciendo el último servicio una clienta le dijo, de malas maneras, que viniera a hacer el cambio de toallas y sábanas a las 4.

La tranquilicé y, como en ese momento me salió la vena reivindicativa, me fui enfilada hacia el apartamento que me había dicho.

Toqué en la puerta y le dije a la mujer que me abrió que había venido a cambiar sábanas y toallas. Su respuesta, de nuevo de malos modos, fue que eso se tenía que hacer a las 4 de la tarde y no ahora.

Si mal no recuerdo la conversación fue así:

—Ya se lo dije a su compañera, tienen que venir dentro de una hora.

—Mi compañera termina de trabajar a las 3 y luego se va a su casa, por eso no puede venir más tarde. El cambio lo voy a hacer yo, ahora.

—No, yo he pagado un mes de alquiler y me van a venir cuando yo quiera...

—Pues va a ser que no, ahora o ya otro día.

—De eso nada. Además, voy a ir a hablar en recepción para quejarme de usted.

—Vaya, pero yo le acompaño también.

—No hace falta.

—Si hace falta, usted dice lo que quiera y yo digo que contrató para cinco plazas y tiene ahí dentro más de quince personas.

Parece que a la mujer no le impresionaron mis palabras y empezó a caminar hacia la recepción, supongo que buscando al director. En ese momento llegaba su marido con otros cinco amigos y me da que me escuchó porque según se paró frente a la puerta cogió las toallas y las sábanas y las entró, dándome después las usadas.

Con un gesto le dijo a su mujer que se metiera dentro y se despidió de mí. La cara que ella puso era todo un poema. A partir de ese momento, cuando me cruzaba con ella por el complejo ni me miraba.

Solo sé que mi amiga salió a su hora. Estoy cansada de que algunos clientes piensen que no tenemos horario y el derecho a estar con nuestra familia, como cualquier otro trabajador.

# Las propinas



Como a veces me retraso a la hora de salir, he tenido que apuntar a los niños en actividades extraescolares. A veces se ha tenido que quedar algún profesor esperando por mí o por el padre y no me gusta. No quería estar siempre tan apurada y siempre como una loca. Un día no me dio ni tiempo de quitarme el uniforme y no me gusta andar por ahí vestida así. Cada una tiene sus manías...

No sabía que les iba a ilusionar tanto y tampoco que a la economía familiar le iba a suponer un extra que no teníamos previsto. A Auxiliadora le encantaba el baile y a su hermana también. Lo que pasó es que la grande quería ballet y Lucía baile moderno. La mayor me salió clásica. No sé de quién le vendrá, porque en mi familia y en la de mi marido éramos más de Armonía Show...

Serían dos o tres días a la semana. Quisimos darles el gusto, que para eso sacaban buenas notas y en casa ayudaban todo lo que podían.

Lo del niño fue más difícil, porque su ilusión era aprender a dibujar y a manejar los pinceles. Nos recomendaron una academia en Playa del Inglés y el padre se comprometió a llevarlo las dos veces en semana que tenía clase. Era una actividad cara.

Las mallas de una de las niñas, los pantis de la otra y, sobre todo, el material que Antonio necesitaba para sus clases, supuso un gasto no previsto. Pero nosotros veíamos a los niños tan felices que hicimos un esfuerzo.

Decidí que todas las propinas que fuese recibiendo las iba a guardar para las actividades de los chiquillos. Hay meses muy buenos, sobre todo en temporada alta. Los extranjeros suelen ser más generosos. Además, el hotel tiene clientes que son fijos y cuando hacen la reserva quieren que sea yo la que atiende sus habitaciones y al final saben agradecer el buen trato.

A una le llena de orgullo que te recuerden y reclamen; también me llena el bolsillo, que nunca viene mal y que siempre andamos con estrecheces, a pesar de las horas que le dedicamos a trabajar.

Mi marido me ha planteado alquilar la casa de mi madre, pero yo no quiero y tampoco deseo meter a unos desconocidos al lado de la puerta de mi casa, por donde entran y salen mis hijos. Además, a veces vienen mis sobrinos o mis hermanas y aquí tienen un lugar para quedarse. Y mientras pueda, seguirá siendo así.

Le dije que cuando los niños estuviesen en la universidad volveríamos a hablar.

# Recomendación gastronómica



El sueldo de camarera no da para «tirar voladores», pero todos tenemos momentos especiales, donde nos gusta que nos sirvan la comida y no tener que fregar al final. De vez en cuando, nos gusta comer fuera, en familia, para celebrar algún cumpleaños o cuando la zafra del atún, si la semana ha estado de buena pesca.

Por eso, cuando veo a parejas que alquilan un apartamento por un día, pasar horas y horas cocinando, me echo las manos a la cabeza.

Mientras él se va a la piscina, ella se pone a hacer arroz, tortilla, macarrones... ¡pues para eso mejor se quedan en su casa! Se supone que vienen los dos a descansar.

Hoy entré a limpiar y la clienta era muy simpática, por lo que me atreví a decirle medio en serio y medio en broma:

—Mi niña, ¿tú has ido a comer al Balcón Canario? Se come muy bien... porque venir aquí para cocinar, como que no.

Sorprendida y un poco avergonzada, la buena mujer me comentó que ya le habían hablado de ese restaurante y que iban a ir a cenar esa noche.

—Vale, esta noche vas a ir, pero llevas todo el día cocinando —fue mi respuesta.

Menos mal que no se lo tomó mal...

# El sonotone y la crema



No sé si hoy podré dormir del cabrero que tengo. Espero que nunca tenga que usar un sonotone para oír bien. Esta semana los apartamentos están llenos de clientes del IM-SERSO y a una de ellas se le perdió su sonotone. A la señora no se le ocurrió otra cosa que acusarme a mí de habérselo robado. ¿Para qué voy a querer yo un sonotone?

Intenté calmarla diciendo que yo solo hice la habitación y que no sabía nada de su audífono. Junto a la gobernanta, empezamos a revisar la habitación mientras la clienta me acusaba de ladrona. Miramos por todos lados, incluso buscamos en la ropa sucia. Yo tenía un ataque de nervios y no podía parar de llorar. Solo repetía una y otra vez: «¡Que yo no he cogido el sonotone! ¡Que yo no he cogido el sonotone!»

La gobernanta intentó calmarme y apoyarme, por lo bajo me decía que ella sabía que no lo había cogido, llevamos muchos años juntas. A pesar de ello, seguía angustiada.

Cuando ya me veía comprando un nuevo sonotone, que seguro costaba un dineral, de repente se acercó a nosotros el marido de la señora. En su mano llevaba el dichoso aparatito. Por lo visto, al ducharse su esposa lo había colocado en uno de los estantes de cristal del baño que tenía un pequeño reborde y hacía que no se viese desde lejos.

Del insulto, la señora pasó a intentar disculparse con un: «Ay mi niña perdona, perdona». Pero eso no fue todo,

cuando iba a salir de allí me ofreció cinco euros para que me tomara un café. Yo estaba tan cabreada que lo único que pude decirle fue: «No, señora, guarde usted los 5 euros para que le compre las pilas al sonotone, porque lo que usted me acaba de hacer a mí no se le hace a nadie».

En el momento que conté esta experiencia a las compañeras, al final del turno, una amiga me mencionó que a ella le había pasado lo mismo hacía unos días con otra clienta, también del IMSERSO. La acusó de haber usado una de sus cremas, como si ella tuviera tiempo de estar echándose cremas con la cantidad de trabajo que tenemos. Tal fue el escándalo que montó la señora, que el director tuvo que ir a Puerto Rico a comprar una crema nueva a la clienta. Temía que se la cobrara a ella, pero no lo hizo. Hasta él sabía que eso no era cierto.

Somos camareras de piso, no ladronas. Estoy aburrida de que nos acusen en falso para cobrar el seguro o para intentar dañar al complejo cuando no están a gusto en él.

# Adiós compañera



Hace unos días se jubiló una compañera. Llevaba trabajando cuarenta años. Treinta y cuatro años tirando de un carro, haciendo más de treinta camas diarias, seis días a la semana, los últimos años. Nos contaba que hubo meses que no descansó ni un día. Empezó a trabajar con catorce años y sin cobrar un duro y luego por un puñado de pesetas, pero había que ayudar en casa, que su madre trabajaba en los tomateros y el padre en las tierras. Luego, de casada, le venía bien el sueldito, porque su marido no trabajaba de manera fija y saltaba de obra en obra.

También nos contó que estuvo muchos años trabajando sin usar fregona y utilizaban un paño para el piso y se tenían que estar agachando y levantando. Se sentía agotada y ya no podía más.

Nos contó cuando tuvo una intervención quirúrgica. La operación no fue como los médicos pensaban y estuvo varios días en cuidados intensivos. Recordó, con alguna que otra lágrima en los ojos, como algunas compañeras no dejaron de preocuparse, visitarla e incluso de atender a sus hijos. Pero también se acordó de otras que ni siquiera la llamaron cuando ella les había sacado las castañas del fuego desde hacía veinte años. Y que eso le dolió. Pero que va a dejar el rencor en el trabajo y que se va a ir sin llevarse nada en la conciencia, que ya el cuerpo le pesa demasiado como para estarlo cargando más.

—Un hotel parece un paraíso, pero tiene un poco de infierno y de cielo. Es así —decía entre lágrimas mientras habría el sobre que le habíamos regalado entre unas cuantas. No era un gran regalo: un spa, un masaje y una cena, pero era para ella, para que por un día se sintiese mimada.

Nos habló también de uno de los peores momentos que pasó y fue durante la pandemia. El COVID puso patas arriba al mundo.

—Cuando hacía turno, entraba a trabajar a las siete de la mañana y salía las diez de la noche, porque parábamos en medio y no había transportes para llegar a casa y regresar. Trabajaba en el bufé, limpiando, haciendo habitaciones y todo con la mascarilla puesta. Fue horrible. Tú escuchabas por la televisión como se estaba muriendo la gente y lo que estaba ocurriendo en los hospitales. Trabajabas con un miedo tremendo de contagiarte. Porque por el hotel pasaban muchos clientes a los que les daba igual todo y decían que eso del COVID era un invento. Es fácil decirlo cuando tienes miles de euros en los bolsillos y te puedes permitir los médicos que te de la gana y cualquier tipo de medicamento. Así es fácil creer en cuentos de hadas.

En ese momento se calló. Suspiró y continuó diciendo.

—Hasta aquí llegué. Mi cuerpo ha dicho, basta. Lo que me queda de vida voy a estar acordándome de todos estos años. Pero ya no quiero ir a trabajar más. Me duele, me duele todo. Ustedes saben que estoy operada, que se me clava el dolor aquí, que me paraliza el pie derecho y el dolor me tira de la cabeza hasta la punta de los dedos. Me duele, me duele y punto. Me duele y me voy.

La escuchaba y se me encogía el corazón. La entendía perfectamente. Sabía de lo que estaba hablando, conocía el significado de cada una de las palabras que utilizaba. Es algo que no se puede explicar si no se vive. A veces pienso si este diario va a servir de algo. Este diario tiene que ser como un traje. Si te lo pones, es para sentir lo que nosotras experimentamos en cada momento. Nuestro trabajo nos condiciona enormemente. No es algo que acaba a las dos y te vas a tu casa y ya está, hasta el día siguiente. No. Los dolores siguen por la tarde, el cansancio se va acumulando, los músculos se van agarrotando... Y aunque estés en el curro ocho o diez horas, tu cuerpo lo tienes las veinticuatro encima.

—Aquí me he reído y hemos tenido momentos difíciles que no podemos contar, pero nos ayudaron a llevar mejor cada día. Gracias al cachondeo que nos teníamos, he resistido. Vaya que sí, la risa es una medicina.



Hemos quedado para irnos a tomar un cortado. Lo hacemos a veces. En el trabajo no todas somos amigas. Algunas nos vemos fuera de aquí, sin uniforme, sin carro y sin fregona. Nos ponemos guapas, todo lo guapas que podemos. Yo me quito el bigote y me maquillo. Nos tomamos un café y a veces hasta un cubata, aunque sean las cinco de la tarde. Hablamos de nuestras cosas, nos reímos y contamos chistes de la gobernanta. Son momentos que una no olvida, mejor que ir a un psicólogo. Juntas nos sentimos mujeres, como otra cualquiera, con sus cosas buenas y malas, con sus mierdas y lágrimas, pero mujeres. Y no clínex, de usar y tirar, que es como algunos nos ven. Como si estuviésemos en lo más bajo de la escalera y todo el mundo pasara por encima de nosotras. Pero el día en que digamos basta... Entonces sí, entonces sí que van a saber quiénes somos nosotras.

# Un día especial



Hoy ha sido un día muy especial. Mi hija la mayor se ha orlado. Se ha convertido en una maestra. Subimos todos a Las Palmas. Nos sentimos muy orgullosos de ella. La primera universitaria de la familia. Si mi madre estuviese aquí, no se lo hubiese creído.

Pienso ahora en el esfuerzo de mis padres. En el día en el que me dijeron que tenía que empezar a trabajar. A lo mejor, todo aquello, era por esto.

Han sido unos años duros. Los dos primeros lo pasó en casa de mi hermana, la que vive en San Gregorio. Telde está mucho más cerca de la universidad que Mogán. Pero mi hija echaba mucho de menos el pueblo y decidió venirse de nuevo con nosotros y todos los días subía en guagua. Antonio me decía que no me preocupara, que ella nos había visto a nosotros levantarnos antes del amanecer a trabajar y regresar de noche, que sabía lo que era el sacrificio. Si el padre tenía que subir por algo a Las Palmas, la llevaba y ya esperaba por ella.

Mi otra hija está estudiando medicina. Estos dos últimos años ha ido con su hermana. Pero ahora no sé lo que haremos. Ya se verá cuando llegue septiembre. Y si no, tiene a la tía, que siempre tiene un cuarto dispuesto para ellas. A Antoñito no le gusta que lo llamen así. En el pueblo lo conocen como Toñi. Nos salió un artista. El padre se regaña cuando lo escucha hablar, pero no le dice nada. Él es feliz. Lleva los últimos veranos trabajando para reunir

dinero. Quiere irse para afuera. No sabe si Barcelona o Madrid. Allí hace mucho frío, le digo. Dibuja muy bien. No sé a quién habrá salido. Antonio decía que un tío suyo tocaba varios instrumentos y pintaba cuadros de frutas y cosas así. Mi hijo dibuja paisajes. Tiene todo el pueblo de Mogán en sus cuadernos. A veces hace dibujos que me recuerdan a la traperera de mi madre y otras veces dibuja los aparejos que utiliza el padre: una caña, un anzuelo, redes..., pero en sitios que nada tienen que ver con su uso. Por ejemplo, un día dibujó al Cristo de la iglesia con una red por encima, queriendo escapar. En otro, dibujó a un pez sosteniendo una caña y pescando a un hombre desnudo. Y así. Es muy ocurrente. Una madre sabe cuando su hijo disfruta con lo que hace. Y yo se lo veo en los ojos. Cuando Antoñito tiene un lápiz en la mano, parece que el tiempo se detiene y que se levanta unos centímetros del suelo.

Los tres nos han salido buenos chiquillos. Tienen sus cosas, como todos, pero son responsables. Alguna trastada de vez en cuando. Lo normal. También nos han dado algún que otro susto. Y los que quedan. No nos engañemos, que una no deja de ser madre nunca.

Mi hija era la más guapa de todas. También era la que sonreía más.

Luego nos fuimos a comer todos juntos a un restaurante que está por El Corte Inglés. Ahora entiendo por qué a mi

hija no le gusta la ciudad. Demasiado ruido, mucha gente, coches por todos lados y no se ve la luna como en Mogán. Las Palmas es más gris. Aquí hay otra luz. Auxiliadora estuvo hablando durante la cena que ya quería empezar a prepararse las oposiciones. Quiere ser maestra del colegio del pueblo. Los maestros solo aguantan aquí un año o dos. Dicen que está lejos. Y yo siempre he pensado que los que están lejos son ellos.

De regreso a casa, los tres dormían y daban cabezazos. Yo le decía cosas a Antonio que solo entendemos los dos. Quería tener un fin de fiesta divertido, que amarguras tenemos las justas y vendrán algunas más sin avisar.

Pasando por Arguineguín, me acordé de que el próximo miércoles tengo cita con el tribunal médico. La abogada del sindicato me dijo que estuviese tranquila. Decía que los informes médicos eran concluyentes. Y si no me concedían la jubilación anticipada por enfermedad, nos íbamos a juicio. Como que se llamaba Macarena. Era muy simpática y decía tantas palabrotas como la gobernanta. También decía otras que yo no entendía. Cosas de abogadas.

La noche terminó como yo quería. Y cuando el alma está tranquila, el cuerpo no duele. Dormí toda la noche de un tirón.

# La frase del año



A veces cuesta buscar las palabras adecuadas para poder transmitir lo duro que es el trabajo de camarera de piso. Tampoco es cuestión de ir por la vida contándole a todo el mundo el número de camas que hacemos a diario, las vasijas que limpiamos o los pisos que pulimos. Yo he optado, cuando me preguntan, por resumir con la frase que decía una compañera.

Sus inicios en el trabajo fueron muy parecidos a los míos y al de muchas otras camareras de piso de Mogán. Ella se enfrentó por primera vez a la limpieza de unos apartamentos a los 15 años. Al principio estuvo trabajando solo días sueltos, sin contrato, en Playa del Inglés y la empresa tardó un año entero en arreglar sus papeles para que pudiera cotizar y trabajar de forma legal. Estuvo en ese complejo, nada más y nada menos, que 12 años, para luego ir a Taurito a continuar trabajando de lo mismo.

Me gustó que me contara su experiencia. Puede parecer que una está cansada de escuchar la dura vida laboral y personal de las compañeras y que es mejor buscar momentos en los cuales nos podamos olvidar de nuestro trabajo. Sin embargo, con el tiempo me he ido dando cuenta que ayuda a desahogarse, a saber que no solo me pasa a mí, a conocer otras actitudes ante los abusos, a dar o recibir consejos que nos funcionan.

Cuando terminó de hablar quiso resumirme su estado actual, tras tantos años de duro trabajo desde la adolescencia. Para ello le bastó una única frase, frase que he hecho mía y que creo que es un claro resumen de cómo nos encontramos muchas de nosotras: «Estoy más quemada que la pipa de un indio».

Curiosamente, tras hacer ese comentario tan lapidario me dedicó una gran sonrisa, la sonrisa que muchas no sabemos de dónde sacamos, pero que nos ayuda a seguir adelante.

# La maestra



Auxiliadora es maestra por su maestra. Fue una mujer muy comprensiva con todos nosotros. Con mi primera hija no participé en ninguna reunión ni actividad del colegio, porque con mi horario era imposible. Y cuando tenía un rato, se lo tenía que dedicar a la casa, a la compra o atender cualquier otro asunto que llevaba posponiendo desde hacía tiempo. Con la segunda tuve algunas que otras oportunidades, pero me sentía tan descolgada que me daba hasta vergüenza.

A mi primera hija le tuve que dar muchas explicaciones. La segunda ya las había escuchado y no hizo falta repetírselas. Y el tercero ya lo veía como algo normal y la excepción se convertía en casi un acontecimiento. Una vez fui a una celebración de Navidad sin avisarle. No se acercó a mí porque decía que no me conocía y pensaba que era la madre de un compañero. El pobre, no estaba acostumbrado a verme por allí.

La maestra de mi hija era una mujer que transmitía paz y confianza. También era una persona exigente pero comprensiva. Sabía en donde estaba el equilibrio y nunca le pedía a la niña lo que no podía dar. Y aunque solo la vi una sola vez, y fue para explicarle que me era imposible asistir a las reuniones y a las tutorías y que lo iba a hacer por mí la abuela de los niños, porque el padre en muchas ocasiones estaba embarcado, la conocía perfectamente. Mis dos hijas pasaron por ella y les dejó huellas que no es lo mismo que una cicatriz.

Es triste no poder asistir nunca a una fiesta de carnavales, a una representación de teatro, a una reunión o convivencia y que tus hijos entiendan que eso no significa que tú no estés pendiente de ellos.

A mí me sacaron de la escuela temprano. No llegué al instituto. Pero siempre he tenido interés por lo que ocurre a mi alrededor, me gusta leer y siempre, siempre he escrito. La escritura para mí ha sido mi Citalopram particular.

Yo siempre he sabido perfectamente lo que mis hijos estaban estudiando, las tareas que tenían que realizar, los exámenes que habían aprobado o suspendido. Nunca me mintieron. Es como si ellos hubiesen entendido que me tenían que ayudar a mí y a su padre, y la manera de hacerlo, era siendo responsables con sus estudios. Hemos tenido suerte. Pero sé que otras compañeras han sufrido mucho por este tema y que sus hijos han abandonado el instituto y se sienten culpables porque sienten que no hicieron lo que tenían que hacer cuando eran más pequeños.

Yo creo, y no es una excusa, que no podemos sentirnos así. Nosotras no somos responsables del sistema. De alguna manera, a otros les interesaba que nosotras, supuestamente mujeres, ignorantes y débiles, nos dedicáramos a limpiar y no preocuparnos por el futuro de nuestros hijos, que para muchos de arriba, preferirían que fuesen jardineros, hamaqueros o a trabajar de mantenimiento en las piscinas.

Que yo no digo que cualquiera de estos trabajos sea indigno, lo que pienso es que la gente tiene que tener oportunidad de elegir. Yo no pude hacerlo, por eso he insistido tanto a mis hijos en que ellos lo hagan. Además, la formación y la cultura te hace fuerte ante los toletes que se creen que son superiores a ti por el simple hecho de haber pasado por una universidad o vivir en la capital. Si estás formada, no pueden engañarte tan fácilmente. Cuando yo hice el curso de gobernanta no fue para ascender ni para ganar un poco de dinero, sino para conocer mejor cuáles son mis derechos y mis obligaciones. Si pensaban abusar de mí, se lo iban a pensar dos veces. Es más fácil avasallar a una ignorante.

Un día estaba limpiando por recepción y vi a la maestra de mi hija. Era viernes por la tarde. Yo pasé a su lado y no me reconoció y yo no la saludé. Era normal, era más fácil que yo la conociera a ella que al revés. Después de estos años y tantos alumnos, ¡cómo para acordarse! Además, yo la veía todos los días en las fotos que mi hija traía cada año del colegio, con toda la clase y ella de pie a un lado, sonriente, mirando al frente, orgullosa de sus alumnas. Me enteré de la habitación donde se alojaba. En un rato libre que tuve me acerqué al supermercado y le compré una cesta de frutas. Ella animaba a mis hijas a comerlas y que lavarse los dientes, después de cada comida, era tan necesario como alimentarse. Así que me pareció una buena idea.

Le dije a la compañera que hacía su habitación, que le dejara la cesta con una nota:

«Mi hija es maestra por usted. Y quiero darle las gracias de esta manera. La cuidó con cariño y también le exigió que fuese buena persona que es lo más importante que se aprende en esta vida. Ella siempre hablaba de usted. Siempre la ha recordado y le dio una ilusión para el futuro. Espero que disfrute de su estancia. Gracias.  
Una madre agradecida».

Nos  
organizamos  
con el APA



Hoy en el supermercado me encontré con una de las madres del APA del colegio de mis hijos. Hacía tiempo que no la veía y, aprovechando que ella ya está jubilada y que era mi día libre, nos fuimos a tomar un café juntas.

Ella también era camarera de piso, y aunque al principio hablamos de cómo estábamos, de las pruebas médicas, de los dolores y los achaques, pronto nos vino el recuerdo de los tiempos en los que nuestros hijos eran pequeños. Ni sabemos cómo salimos de aquella etapa, cuando tuvimos que organizarnos a través del APA (Asociación de Padres de Alumnos) para compatibilizar el trabajo con la educación de nuestros hijos. En esos tiempos no había actividades extraescolares, por lo que las madres tuvimos que buscarnos la vida para crearlas. Nosotras organizamos el comedor para la gente que no tenían quién les recogiera a sus hijos a mediodía, buscábamos profesores de inglés, alemán, monitoras de ballet, clases de refuerzos y lo que se nos ocurriera que podía ayudar a su formación. Como mi amiga me recordó, muchos de los niños y niñas entraban en clase a las 9 de la mañana y no los iban a buscar al centro hasta las 9 de la noche.

Antes de salir de la cafetería llegó su hija a buscarla. Ya está hecha toda una mujer. Mi amiga me comentó, muy bajito para que no lo escuchara su hija, que ahora intenta estar todo el tiempo con ella, no se quita la espina de haberse perdido su infancia tirando de carros de ropa, fregando suelos y limpiando cocinas y calderos.

Quedamos en volver a encontrarnos y llamar a más madres que compartieron esos tiempos en el colegio. Seguramente, es una de esas promesas que nunca cumpliremos. Pero me quedo con lo que disfruté con ella este día.

# Mi cumpleaños



Hoy es mi cumpleaños. He llevado un queque y unos zumos para el desayuno. No todas podemos reunirnos a media mañana, porque siempre hay salidas y nunca se para, pero estuvimos unas cuantas y lo pasé bien en ese descanso. Una compañera me regaló un imán para la nevera de la Sagrada Familia. Lo traje de Barcelona la semana pasada, cuando fue a visitar a su familia. A diferencia de muchas de nosotras, ella empezó a trabajar a los 30 años, cuando llegó a Canarias desde su Barcelona natal. Su sueño, según contó, era trabajar con un buen horario que le permitiera pasar tiempo con su hijo. Por cosas de la vida acabó trabajando de camarera de piso. Su primera gobernanta le comentó que era mejor no tener ninguna experiencia previa, porque así no «estaba viciada» en el trabajo.

Viciada, dice... Lo que hay que oír.

Por lo visto le tocó acompañar a una compañera que era muy, pero muy nerviosa. Esta tenía miedo de que la primeriza se asustara viendo como ella hacía las cosas. Mi amiga estaba alucinada viendo el ritmo frenético de trabajo y la tensión que llevaba la persona que le debía enseñar a hacer su trabajo. Mientras duró la limpieza de ese apartamento solo pensaba «Tierra trágame». A veces, cuando me la encuentro en los pasillos, le digo de broma y en voz baja eso de «Tierra trágame» y nos reímos.

Ella siempre intentó compaginar el trabajo con la crianza de su hijo por lo que solo aceptaba contratos de tiempo parcial. Cosa que, no me explico por qué, incluso llegó a estar mal visto por algunas compañeras.

En su caso, la gobernanta, según contó, le pidió que ayudara a otra camarera de piso a limpiar una campana extractora. Cuando llegó a prestar esa ayuda la compañera la recibió de malos modos, precisamente por trabajar a tiempo parcial.

La cosa fue así:

—Hola, buenas tardes. Me mandó la gobernanta para ayudarte.

—Y tú, ¿a qué vienes? ¿De tiempo parcial?

—Si, empecé hoy y trabajo sábados y lunes.

—¿Y para qué me vienes a ayudar si a las que vienen de tiempo parcial les importa todo una mierda?

—Vale, ¿entonces no necesita ayuda? Pues nada, hasta luego.

Después se fue a hablar con la gobernanta, le contó lo que le había ocurrido y esta le dijo que no se preocupara, que esa camarera de piso «estaba más p'allá que p'acá».

No me parece justa esa valoración. No me extraña la reacción de esa compañera con más experiencia, aunque no la justifico, pero si la entiendo por la carga de trabajo que

llevamos para poder cumplir con las salidas y entradas que se nos asignan. La responsabilidad es mucha, aunque no lo pueda parecer. Y probablemente, pensó que alguien a tiempo parcial no iba a tomarse en serio su trabajo, cosa que no tiene porqué ser así.

Si las camareras de piso trabajáramos con camaradería entre nosotras, en vez de ponernos traspiés, seguro que el trabajo se nos hacía mucho más llevadero.

# Vienen de Rusia



Hoy, mientras arrastraba el carro por el pasillo de la primera planta pasaron junto a mí dos jóvenes peninsulares hablando entre ellos. Por el acento deduje que eran de Andalucía, pero no estoy del todo segura. Una vez que los dejé atrás, me vino a la cabeza una anécdota que me contó una camarera de piso recién llegada de Sevilla.

Cuando empezó a trabajar y no tenía aún mucha confianza con sus compañeras, empezó a escuchar al resto del personal expresiones de preocupación cuando se encontraban entre ellas. Lo que más se repetía era una frase que la tenía intrigada: «¡Que vienen los rusos!»

Al ser nueva, no se atrevía a preguntar a nadie qué peligro había si los rusos se alojaban en el hotel. ¿Sería porque bebían mucho vodka? ¿Se propararían con las mujeres? ¿Serían algo sucios?...

Cada vez que entraba en un apartamento lo hacía con miedo y siempre se quedaba sorprendida porque nunca escuchaba a nadie hablando en ruso. Para satisfacer su curiosidad, venció su miedo y me preguntó donde estaban los rusos de los que todas hablaban. La cara que puso cuando le conté que así llamábamos a los clientes canarios fue todo un poema.

Curiosamente, una vez que superó la sorpresa inicial me hizo un razonamiento muy curioso. No entendía cómo era posible que los canarios nos riéramos de los propios

canarios. No supe qué contestarle, porque no es justo meter a todos los clientes de las islas en el mismo saco.

Es más, ella misma me contó una anécdota que me hizo reflexionar. En uno de sus primeros trabajos en un apartamento «de rusos» tocó la puerta y le abrió una señora canaria. Sobre la marcha le preguntó a la huésped si necesitaba limpieza. Muy amablemente, la mujer le dijo que sí, pero que ellos «eran bastante recogiditos». Efectivamente, el lugar estaba limpio y ordenado.

Antes de salir del apartamento la buena mujer le pidió una sábana para poner en el sofá del salón. Lo más rápido que pudo se la llevó y al despedirse lo hizo comentando que cualquier cosa que necesitaran no dudaran en pedir-sela. Al salir por la puerta, escuchó al hijo de la señora cómo le comentaba a su madre: «Mamá, para ser canarios, qué bien nos ha tratado esta chica, ¿no?»

Nosotros teníamos mal concepto de los clientes canarios y ellos tenían mal concepto de las personas que trabajan en el sector turístico. Seguramente los dos estábamos equivocados.

# Los cursos de prevención de riesgos laborales



Hoy me preguntó un cliente, cuando me vio trabajando, si yo había hecho algún curso sobre prevención de riesgos laborales. La pregunta me cogió por sorpresa y he de decir que no me importunó, es más, me alegró el día. Supongo que quién me hizo esa curiosa pregunta sería algún estudiante al que en clase le han enseñado la importancia de que las empresas dispongan de un plan de prevención de riesgos.

Pues claro que he hecho cursos de prevención y no solo uno, sino varios. En esos cursos, que lo da alguien que solo conoce la teoría del trabajo que hacemos las camareiras de piso, te explican cosas muy valiosas e importantes.

Gracias a lo que nos enseñan en esos cursos sabemos cómo agacharnos para no tener lumbago, como flexionar las piernas para coger peso, como tirar del carro y otras muchas cosas. ¿Cuál es el problema entonces?

Cuando al empezar a trabajar tienes ante ti el encargo de hacer 48 camas, o en el momento que miras el reloj y descubres que son las 3 de la tarde y aún te quedan 10 habitaciones que limpiar, lo menos que te viene a la cabeza son las normas de prevención de riesgos laborales.

Si quieres cumplir con tu trabajo ganas tiempo haciendo las cosas lo más rápido posible, sin mirar atrás y sin tener en cuenta tu salud. Sé que esto no está bien, pero la presión que sufrimos nos hace, muchas veces, trabajar al

máximo. Y el problema es que no es un día, ni dos, sino casi todos. La excepción es el día que salimos a nuestra hora o que terminamos antes.

¿Cómo voy a respetar las normas de trabajo sano si muchas veces no tenemos ni tiempo para mear?

Cuando estás limpiando una habitación te dices a ti misma, «iré al baño en la próxima». En la siguiente te vuelves a engañar y piensas, «en esta no, en la siguiente». Y así va pasando el día y tú aguantándote las ganas de ir al baño. Al final, si no te das cuenta, terminas manchando las bragas.

Se supone que todo lo que se dice en esos cursos es bueno para nosotras y que si se aplica nos ayuda a no padecer la mayoría de enfermedades que padecemos las camareras de piso y que están causadas por el tipo de trabajo que hacemos. Pero claro, para ponerlo en práctica necesitamos el doble de tiempo o que nos hagan hacer la mitad de habitaciones y eso es algo que no cambia.

Es curioso que nos hagan hacer cursos de prevención de riesgos laborales donde nos explican las enfermedades que podemos evitar y que se sabe que están derivadas del tipo de trabajo que hacemos, pero cuando enfermamos de las articulaciones, por ejemplo, el médico nos da la baja por enfermedad común. Otro que tendría que hacer cursos de esos a ver si se entera.

# Bragas azules



Hoy ha sido uno de esos domingos que decides quedarte en casa porque libras y tienes ganas de quedarte y no hacer nada. Pero como tengo el cuerpo acostumbrado al meneo diario, es difícil pararse. Así que decidí ponerme a revolver los armarios y a colocar todo lo que no había ordenado meses atrás, porque ni el trabajo ni los chiquillos me lo han permitido. Me dio también por volcar una cajonera que tenía en casa de mi madre con cosas que ya no utilizaba, en la habitación donde dormíamos las tres de solteras, y que ahora se utiliza cuando vienen los amigos de mis hijos o los sobrinos, y quieren pasar unos días aquí, con nosotros.

Encontré mi primer uniforme. Una falda a la altura de las rodillas de color azul añil y una camisa ya gastada de color celeste. No sabía qué hacía eso ahí y quién lo había guardado. Odiaba ese uniforme. Hoy, cuando lo vi, me vinieron malos recuerdos.

Imagínate lo que es tener que limpiar de rodillas con una falda y luego tener que escurrir el paño en el balde, porque hasta años después, no llegaron las fregonas. En ese tiempo raspaba muchos suelos. Terminaban de pintar una habitación y a los pocos minutos estábamos nosotras tiradas con unas hojillas, quitando toda la pintura que había salpicado los bastidores y el suelo. Era una carrera contra el reloj. En el mismo complejo se podía estar construyendo unos apartamentos, encalando y pintando otros, limpiando, amueblando y los clientes, con las maletas, esperando para entrar en la recepción.

Trabajaba en dos complejos en Puerto Rico. Durante la mañana limpiaba uno y cubría las horas de la tarde en el otro. Estaban a ambos lados del barranco. Cruzar por él, era un infierno. Muchos hombres que descansaban y trabajaban por los alrededores, cuando nos veían pasar, no dejaban de decirnos todo tipo de guarrerías. Nuestro paseo diario se había transformado en un espectáculo para unos jediondos y nosotras nos habíamos convertido en protagonistas sin quererlo.

Yo me preguntaba todos los días si esos hombres no tenían madre o hermanas o mujer o hijas. Y qué dirían si ellas hubiesen tenido que recorrer todos los días el camino que nosotras hacíamos.

Se atrevieron, incluso, a ponerse al lado del camino y era aún mucho más bochornoso. Yo pasaba una vergüenza tremenda y también miedo, mucho miedo. Ese miedo que te hace sudar como una perra. A veces, cuando me gritaban, me paralizaba unos segundos. Pero me decía a mí misma que tenía que seguir, que no levantase la vista, que no me parara... Recuerdo un día que no me coloqué bien la camisa por la espalda. Por detrás, se me veían las bragas azules que llevaba. Uno de esos hombres me gritó que le encantaban mis bragas azules y que a él no le importaría olerlas. Yo solo quería desaparecer y que la tierra me tragase para siempre.

Desde ese día nunca me he puesto una braga azul. Y desde entonces decidí que el hombre que estuviese a mi lado tenía que ser una persona tranquila y que no gritara y que respetara a las demás mujeres como si fuese su madre o su hija. Por eso me enamoré de Antonio. Nunca le he escuchado una palabra más alta, ni un grito..., aunque ha tenido razones para hacerlo.

Puedo escribir ahora que durante un tiempo tuve hasta pesadillas y un día que estaba sola di una vuelta de más de una hora para no tener que pasar por el barranco. Todavía hoy en día, a veces, cuando camino por esa zona, se me eriza la piel y se me estremece el cuerpo.

Mi prima se lo contó a su madre; mi tía a la mía y ella a mi padre. Yo no lo supe hasta que un martes por la tarde, al bajar por la loma, me lo encontré en la acera. No nos saludamos; solo se limitó a caminar a mi lado. Aunque me sentía muy segura, la situación era muy incómoda para mí. Los hombres estaban allí, en el mismo sitio de siempre, esperando. Cuando llegamos a su altura, mi padre me tocó el hombro para que parara. Él se acercó al grupo más numeroso. Yo no levanté la cabeza, pero de reojo los vi hablar. Mi padre se abrió la chaqueta y les enseñó algo. Las caras de aquellos obreros se volvieron grises y se callaron las risas. Mi padre volvió y me dijo que fuese al trabajo con la cabeza alta. Él se fue por el lado contrario y yo seguí cruzando el barranco.

Al día siguiente nadie se atrevió a decirnos nada. Lo pensaban, porque cuando uno tiene la mente podrida no se cura de un día para otro. Pero a nosotras dejaron de molestarnos.

# Semana Santa



Esta Semana Santa toca el tradicional sancocho en familia. Es una tradición que siempre hemos mantenido, aunque lo ajustamos a mi día libre en esa semana. Hay años que lo hemos hecho en jueves, otro en viernes y hasta en domingo. Como cada año, nos hemos repartido las tareas. El mojo lo hacía siempre mi madre, pero este año lo hizo mi hermana con su receta. Mi prima trajo las papas y la batata le tocó a mi hija. Antonio saló un par de chernes que pescó hace meses y tenía en el congelador para la ocasión. Cherne de ley, del que le gustaba a padre. Y después, ya se sabe, a medida que empieza a llegar la familia, que si un vino, que si la ensalada, que si un queso, que si croquetas de pescado porque a los niños no les gusta las espinas, que si un flan, que si helado que es digestivo...

A mí me tocó hacer la pella de gofio. Compré gofio de mijo del país y muy temprano me puse manos a la obra. Mientras lo amasaba me reía, acordándome de una anécdota de mis primeros años trabajando.

Era también por Semana Santa, me parece que fue un Jueves Santo, cuando la gente respetaba eso de no comer carne en estas fechas tan señaladas.

Una familia que se estaba quedando en el complejo no quería quedarse sin su sancocho. Lo mejor era, por tanto, poner el pescado a salar, nada más y nada menos que en el bidé del apartamento.

Cuando lo vi no quise decir nada, lo que me quedó claro es que si al día siguiente me invitaban a comer iba a salir por patas. La sorpresa definitiva vino cuando por fin se fueron. En el fregadero me encontré el cristal del plafón del pasillo. ¿Para qué lo habrán descolgado? Cuando lo cogí en mis manos para lavarlo y pedir a mantenimiento que lo volvieran a colocar, vi que estaba sucio, manchado de gofio. ¡Lo habían usado para amasar el gofio!

Solo espero que lo lavaran bien antes y que ninguno hubiese cogido ninguna gastroenteritis.

La cabeza  
dice basta



Llevo unas semanas sin escribir. Una compañera, con la que trabajé hace unos años, se tiró desde el Puente de Silva.

Mis hijos me preguntaban que qué me pasaba porque me vieron llorar. No quería que Antonio me tocara. Me hubiese marchado a una isla desierta, sin nadie a mi alrededor, sin el traqueteo de los carros y sin oler a cremas ni bronceadores. Necesitaba silencio.

Hubo una época en la que me tuvieron del tingo al tango. Trabajando aquí y allá, en diferentes complejos de la misma cadena. Decían que confiaban en mí. Era una especie de comodín. Ellos tenían la baraja en la mano y te colocaban en donde consideraban: tú a obedecer que para eso te pagaban.

En uno de esos vaivenes, me encontré con ella y con una malnacida que hacía de gobernanta, porque ni siquiera era capaz de gobernarse a sí misma. Éramos siete. Y aunque yo sabía que allí iba a estar de manera temporal, no estaba dispuesta a aguantar tantas injusticias.

Durante el tiempo que estuve limpiando allí, cinco compañeras cogieron la baja por acoso laboral. Yo me marché a tiempo. Se lo dije claro a mi jefe: «si me quiere limpiando sus habitaciones, sáqueme de aquí». No entiendo cómo no lo veían; seis personas no podíamos estar equivocadas y una tener siempre la razón.

Parece ser que ahora sí, se habrán dado cuenta. Después de que mi compañera se tirara, le han dicho a la gobernanta que se coja una baja. Esa mujer era un bicho con agujón y veneno. Intentaba tenernos a todas peleadas. Nos cambiaba de turno sin avisar; nos hacía repetir habitaciones que ya estaban limpias; no nos dejaba marcharnos a casa, aunque fuese la hora, si todas no terminaban el trabajo, aunque cada una ya hubiese terminado su parte; nos hacía trabajar en turnos partidos cuando no era necesario; en temporada baja nos hacía limpiar como si el complejo estuviese hasta los topes. Y lo peor era como nos trataba, como nos hablaba y como nos gritaba.

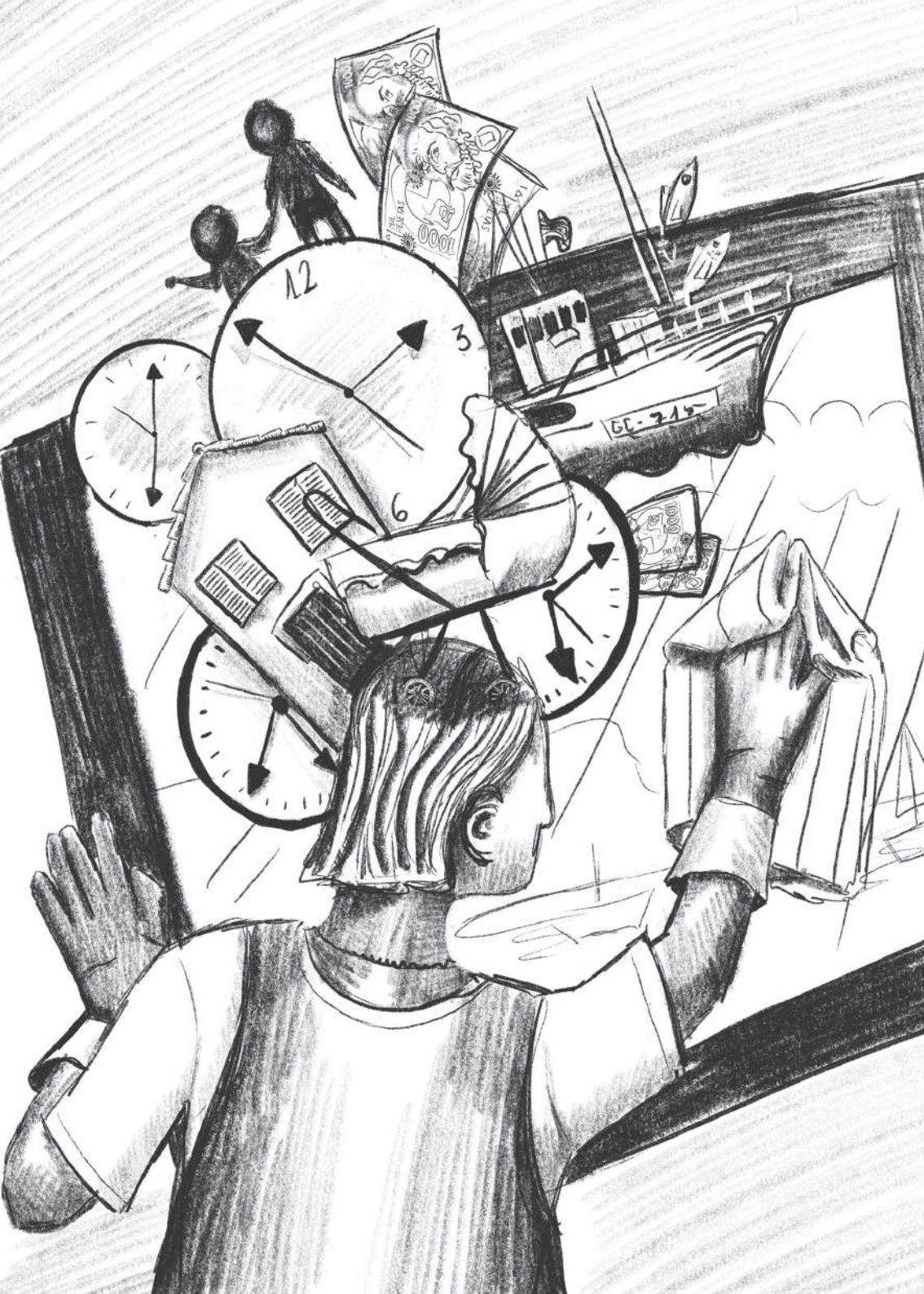
Yo me marché. Mi paz mental valía más que ir a hacer cuatro camas. Y si me echaban, daba igual porque al día siguiente iba a conseguir trabajo en otro complejo. Que yo me había ganado mi fama, que para eso trabajaba con seriedad y honradez.

El caso es que a mi compañera le mandaron una carta para echarla estando de baja por depresión. El finiquito que le dieron no hubiese sido suficiente ni para coger el ferry a Tenerife. Así es que le aconsejaron que estuviese tranquila, que el juicio estaba ganado. Sintió que esa carta era un puñal más, un pisotón aún más fuerte. Y no pudo aguantar la presión. Fue una pena. A los dos días de recibir el finiquito, se mató.

Estuve toda una semana tomando agüita guisada con tila. Mi estómago no aceptaba otra cosa. Ahora estaba intentando acordarme de su rostro, pero soy incapaz de recordar sus facciones. Es como si mi cabeza quisiera no pensar en lo sucedido. No era mi amiga, pero eso no significa que no lo sienta como si fuese mi hermana. Pero yo sé por lo que estaba pasando. No todas valen para este trabajo. No solo hay que tener fuerza para aguantar el ritmo y arrastrar con todos los arretrancos que llevamos, sino también tener la cabeza en su sitio y ser fuerte para soportar tanta tontería. A veces he sentido en mi alma como si me atropellaran. Pero me he vuelto a levantar y me he dicho a mí misma: aquí estoy, soy yo.

No siempre te llevas bien con tus compañeras. Es imposible. Pero de ahí a hacerte un traspíe va un cacho. Son cosas bien diferentes: el respeto es el respeto. Si a eso le sumas una gobernanta que está permanentemente cruzada, unos clientes que te tratan como si fueses una chacha y una vida revuelta y llena de problemas, tienes los ingredientes perfectos para que el potaje te salga agrio y lo arrojes a la primera cucharada.

El otro día el sindicato repartió una revista. Leí que casi el 40 % de las camareras de piso sufren acoso laboral. Yo no sé si eso es mucho o es poco, tampoco sé cuántas somos. Solo con que una sufra, ya es razón para que nos preguntemos qué está pasando. También hablaban en ese artículo que un 5 % se han sentido acosadas sexualmente.



Yo he tenido suerte y la verdad es que no conozco muchos casos de estos. Pero sí que me he sentido en ocasiones sola y abandonada a mi suerte.

La gente no denuncia por miedo, lo sé. Yo también lo sentiría. Recuerdo cuando tenía que cruzar el barranco y aquellos hombres me decían de todo. Menos mal que apareció mi padre un día y los puso en su sitio. Y hoy, si vas a un juicio, tienes que demostrar cosas. Y para nosotras eso es muy difícil. Si tienes dinero, si tienes un buen sueldo, tienes un buen abogado. Es lo que hay.

Lo dicho, la María se tiró al barranco.

El  
verdadero  
amor



Fui al centro de salud. Últimamente voy mucho, a veces no aguanto los dolores y ya me han cambiado de analgésicos dos o tres veces, pero nada. En el otro despacho vi asomar a una doctora llamando a sus pacientes. Sonreí. Ella ya no me reconoce, era una niña cuando la ví por última vez, pero nunca olvido una cara y la de ella era muy parecida a la de su madre.

Me acuerdo el revuelo que se armó cuando su padre y su madre se conocieron. Yo estaba empezando a trabajar de camarera de piso y en aquel momento hubo muchas habladurías fruto de los prejuicios que existían a finales de los setenta y principios de los ochenta del siglo pasado.

Al complejo llegó un director nuevo que venía, como muchos otros, de la península. No me acuerdo concretamente de qué parte. El buen hombre, según llegó, quedó prendado de una de mis compañeras. Buscaba cualquier excusa para acercarse y hablar con ella. Se veía a la legua que lo tenía enamorado.

Cuando el resto de trabajadoras se dieron cuenta de las intenciones del director se revolucionaron y empezaron a convencer a la chica de que tuviera cuidado con «el godo». Pensaron que este, seguramente, estaba ya casado y que había dejado a su mujer en la península.

En aquel momento no había tanta comunicación como hoy: que si móvil, que si internet... Por eso creían todas

las del complejo que el nuevo director estaba buscando «echarle un puño a la baifa», lejos de la mirada indiscreta de su esposa.

Cuando la relación del director y la camarera de piso empezó a caminar, nadie se creía que sus intenciones eran serias y que el hombre estaba soltero. Los comentarios llegaron a oídos del interesado que, ni corto ni perezoso, hizo que un hermano suyo viniera de la península con un certificado de que era soltero, y que mostró a los padres de la chica, lo cual desmentía todos los comentarios interesados que circulaban por todo Mogán.

Al final se demostró que su amor por la camarera de piso era cierto, se casaron y, a día de hoy, siguen juntos y ya tienen varios hijos mayores, entre ellos la doctora que vi en el ambulatorio.

Lo bueno del amor es que no sabe de clases ni de jerarquías.

# La doctora Quinn



En todos los complejos donde hay camareras de piso siempre hay una que en su carro tiene un botiquín con todo tipo de medicinas recomendadas para las enfermedades físicas y mentales que nos causa el trabajo y el estrés que sufrimos.

A la compañera que tenemos en mi trabajo la llamamos, cariñosamente, «la doctora Quinn», como la famosa serie. Ella siempre lleva consigo la crema milagrosa para masajes, la del toro, la caliente, la fría, el Trombocid, el Réflex... Sé que todas estas cremas no nos curan, solo sirven para calmar el dolor o aliviar la pesadez de las piernas.

Junto a las cremas también dispone de todo tipo de pastillas para calmar las inflamaciones, como el Antalgin, el Ibuprofeno o el Actromadol. Para los dolores de regla, la Saldeva y para el resfriado la Couldina.

Quizás de la pastilla que más tiramos es del Antalgin. Yo misma lo he usado bastante, hasta que leí la recomendación que hay en el prospecto. Aunque son solo analgésicos, por alguna razón nos ponen como una moto, y claro, todo lo que sea terminar el trabajo rápido viene bien.

Esos medicamentos son pan para hoy y hambre para mañana. Vas aguantando, aguantando, aguantando y cuando ya no hacen nada y tienes que ir al médico, tienes una hernia o un problema que podía haberse tratado antes, pero ahora ya no tiene solución.

Y después están los problemas de la cabeza. Es mucha la presión física que tenemos, pero no es menor la psicológica: La gobernanta siempre exigiendo, el desprecio de algunos clientes, miedo a la baja médica con descuento de salario, al despido, la hipoteca, el agua, la luz, los hijos....

En esos casos se suele recurrir al «0,5» de Alprazolam, Trankimazin o Diazepam.

A veces me pregunto si podría cambiar de trabajo y meterme de auxiliar de enfermería. Seguro que sin el título, me resuelvo mejor que muchos que están ejerciendo.

# En el hospital



Hace dos días que estoy en el hospital. Me operaron de una de las rodillas. Según el traumatólogo, la tenía destrozada. Me dijo que la mejor opción era una prótesis a pesar de mi edad. Eso significa que antes de que me muera, puede que vuelva a darme la lata, pero yo prefiero correr ese riesgo antes que seguir soportando las molestias y seguir hinchándome a calmantes que me tenían el estómago destrozado.

Tengo un trabajo jodido, pero también disfruto de la vida. O por lo menos lo intento. He tenido que aprender a separar las cosas, porque ni el marido, ni los hijos, ni mi jefe, tienen culpa de las rodillas que una tiene. Y no voy a estar dándome golpes en el pecho ni cabezazos en las paredes, cuando hay cosas que ya no puedo cambiar.

Vinieron a verme unas compañeras. Son un amor. En su día libre han cogido la guagua y se han acercado hasta el Insular para hacerme un poco de compañía. Antonio aprovechó para irse a tomar un café. No se ha separado de mí ni un instante. Cuando nos quedamos solas en la habitación, me preguntaron si Antonio se había comportado como un hombre en el hospital. Yo les dije que se callaran y que eso eran cosas nuestras. Y nos reímos mucho.

Me trajeron un regalo, tenía pinta de que el cachondeo iba a seguir. Y no me equivoqué. Las muy cabronas me regalaron unas bayetas. Les dije que ya sabían lo que podían hacer con ellas. Nos reímos un rato más.

Menos mal que entre nosotras nos cuidamos. Siempre hay algunas que te miran por encima del hombro, pero con el tiempo se dan cuenta lo importante que es estar unidas, porque si no, nos come el lobo. No significa que nos digamos que sí a todo o que nos riamos las gracias a todas las horas. Se trata de confiar en que puedes darle la espalda y que tu compañera nunca te va a dejar tirada y que si en algún momento tiene que salir corriendo, te lo va a decir claro y a la cara, para que tú sepas a qué atenerte. Las buenas compañeras no son las que te sonríen siempre, sino las que te cuidan y a veces reciben una puñalada por ti sin que te enteres. Pero tú te das cuenta, eso se nota, y guardas el favor para devolvérselo más adelante.

De baja



He estado de baja más de dos meses entre la operación, las curas y la rehabilitación. La primera vez que me fui a poner de rodillas, me temblaron los pies. Tenía miedo de que volviera el dolor a esa parte del cuerpo.

Estando en casa, me llamó la muchacha de recursos humanos. Ahora se llaman así, pero es la encargada de controlarte y de decirte lo que tienes que hacer con palabras finas y que parezca que te están mimando. Son expertas: con una mano te acarician y con la otra sujetan un martillo. Me preguntó si el proceso de recuperación iba bien, que es lo mismo que preguntarme si me iba a incorporar antes de lo previsto; pero lo hacen así, porque saben que si te tocan las narices, te plantas a las siete de la mañana en el despacho del sindicato.

Recuerdo el día que me enviaron a un complejo de bungalós. Eran quince. De esos establecimientos de lujo, donde solo va gente que respira un oxígeno diferente al tuyo y que caminan como si lo hiciesen a quince centímetros del suelo. Pensé que me iba a encontrar con otra compañera, pero no, yo solita. Y me dije: «niña, esto te lo comes con papas», con una sonrisa de oreja a oreja. Ya mañana me planto delante de la gobernanta y le voy a contar un chiste al oído. Es verdad que las propinas compensaron el esfuerzo, se acercaban las Navidades y no venía mal un dinerillo extra, pero tampoco es para que traten a una de esa manera.

Y quiero dejarlo bien claro. Y creo que ya lo he escrito en varias ocasiones: una cosa es que yo me dedique a limpiar y otra cosa es que me traten como una fregona. Esto es mi trabajo y me considero una buena persona, pero no soy una toleta.

Aprovechando la llamada, la muchacha de recursos humanos me propuso hacer unos cursos para ascender a gobernanta, ahora que estaba de baja. A estas alturas yo no tengo ganas de más jaleo. Tampoco te pagan como para compensar la responsabilidad que eso supone. Y yo no soy de reírle las gracias a mi jefe y estar a malas con mis compañeras.

También vinieron un día a comerme la oreja para que me presentara de delegada sindical. Ya yo soy delegada de mi casa y ya me cuesta representarme a mí misma como para estar hablando por los demás. No me gustan los cargos.

Este periodo de baja me ha servido para varias cosas. He sido consciente de que esto solo ha sido el principio y que mi cuerpo está muy castigado. Me lo quiero tomar con filosofía. Eso sí, este tiempo me está ayudando para saber en dónde estoy y, sobre todo, en dónde no quiero estar.

Quiero seguir al lado de mis compañeras hasta que el cuerpo diga basta, y cuando lo haga, lo voy a escuchar.

# La paloma



El otro día vi una paloma escachada. No me gustan esos bichos, pero tampoco verlas así. Nadie se merece morir de esa manera, aplastada contra el asfalto o contra la acera.

En muchos momentos de mi vida yo me he visto como esa paloma. También he sentido que mucha gente pasaba a mi alrededor y me miraba de reojo y le daba pena. Han padecido por mí lo mismo que yo por ese animal.

Yo no he sentido lástima de mi vida. Todo lo contrario, siempre he estado orgullosa de todo lo que he sido capaz de hacer y de todas las dificultades que he vencido. He terminado herida de alguna que otra batalla, pero cuando la he mantenido nunca ha sido para atacar, sino para defenderme. Presumo de mis hijos, de la vida que construí con mi marido, de mi casa y de que nadie haya dudado nunca de mi honradez, ni en el pueblo ni en el trabajo.

El otro día en la guagua escuchaba a dos compañeras de profesión; eran jóvenes, recién llegadas. Se estaban quejando. Y no les quito razón en muchas de las cosas que decían. Nosotras, cuando empezamos, no éramos consideradas trabajadoras sino éramos tratadas como un burro de carga. Nadie se planteaba cómo sufrían nuestras espaldas cuando teníamos que arrastrar los sacos con las sábanas limpias y luego con la ropa sucia. Nadie pensaba lo que suponía estar tirada en el suelo, de rodillas, metiendo tus manos en agua jedionda para escurrir un trapo. Nadie se acuerda cuando no teníamos carro y había

que llevar la fregona, el balde y los productos encima de tus hombros. Nadie te preguntaba si te dolían las caderas, las muñecas, las rodillas. Tú hacías tu trabajo porque era lo que te decían que tenías que hacer, hasta que un día despertabas y te dabas cuenta de que no podías seguir viviendo en aquella especie de pesadilla en la que siempre había una paloma aplastada al final del sueño.

Está muy bien lo que hemos conseguido y aún creo que mis compañeras tienen que luchar por hacer aún más digna esta profesión, pero no podemos olvidarnos de dónde venimos, para que no vuelva a ocurrir, para que no venga nadie y nos trate como el palo de la fregona.

Yo he sido camarera de piso, yo soy camarera de piso y moriré siendo camarera, porque las cicatrices siempre me van a recordar esos años pasados de mi vida. Pero también, gracias al esfuerzo y luchas de muchas compañeras, a mi tesón y orgullo personal, ahora estoy en donde estoy, sentada en una cafetería, con una libreta, escribiendo todo lo que me viene en gana y esperando la llamada de una de mis hijas para escuchar a mis nietos corretear por detrás.

Es verdad que nadie se quiere jubilar por enfermedad. Los dolores se convierten en tu compañero. Siento que si no hubiese raspado toda esa pintura que raspé, si no hubiese limpiado toda esa mierda que limpié, si no hubiese recogido toda la basura que recogí, si no hubiese

hecho todas las camas que hice, si no me hubiese puesto de pie y mirado a mi gobernanta o al director a los ojos, a lo mejor, hoy, no estaría contando esto o mis hijos no se sentirían orgullosos de su madre.

Mi madre, que sé que está en el cielo y desde arriba me mira y me cuida, también se sentiría feliz por mí. Y mi padre se habría perdonado a sí mismo, porque yo sé que sufrió el día que me mandó a trabajar, porque la familia lo requería y las circunstancias mandaban por encima de los deseos y de los gustos de cada uno. El hambre y el miedo a volverla a pasar, te obliga a tomar decisiones que te machacan la conciencia de por vida. Yo nunca se lo eché en cara.

Cuando llegue su momento quiero que no me recuerden como una paloma aplastada, sino como una pardela cantando una canción sobre la libertad. Porque para todo eso sirve sentirse libre: para poder asumir, con la cabeza bien alta y las manos limpias, que lo que una ha hecho ha valido realmente la pena.

Cuando decidí escribir este diario, lo hice con ese convencimiento. No soy una heroína. No soy mejor que nadie. Soy aquella chiquilla que con catorce años sacaron de la escuela y la pusieron a raspar el suelo, pero a la que no pudieron escacharle el alma.

## Para saber más...

La profesión de camarera de piso hace mención al sector laboral encargado de la realización de las tareas de limpieza de las habitaciones y zonas comunes de los alojamientos turísticos. Para ello deben preparar los carros con el material necesario para ejecutar su trabajo: limpiar el número de habitaciones asignadas, ordenar, cuidar y mantener en perfecto estado todo lo que hay dentro de una habitación de huéspedes, así como otras áreas comunes, según las indicaciones de la gobernanta, persona que coordina y dirige los trabajos.

Tradicionalmente, este tipo de trabajo ha sido desempeñado, casi en su totalidad, por mujeres, siendo la aparición de varones en el sector un dato anecdótico. La razón de esa desigualdad la podemos encontrar en los estereotipos de género que asocian las tareas de limpieza y cuidado a la mujer. Estos estereotipos se han mantenido en el tiempo hasta la actualidad, al punto de que en el último convenio colectivo del sector de hostelería en Canarias, firmado en febrero de 2023, se continúa haciendo referencia a esta profesión con el nombre de «camareras de

piso», en femenino. Por otro lado, hay estadísticas que avalan que los clientes se sienten más seguros y cómodos si son mujeres las que limpian sus habitaciones.

Las camareras de piso son los colectivos más importantes para el normal funcionamiento de los establecimientos turísticos y constituyen el 25% de la plantilla. Pese a ello, son las últimas dentro de la escala profesional de su sector, con un trabajo poco reconocido. En muchas ocasiones deben medicarse diariamente para soportar los dolores provocados por años de movimientos repetitivos y sobrecarga física, enfrentándose a intensas jornadas con limitaciones para comer, ir al baño o realizar pausas de descanso.

# Breves apuntes históricos

Hasta casi finales de siglo XX, el sector agrícola dominante en Mogán era el relacionado con el cultivo del tomate, el cual absorbía casi toda la mano de obra femenina disponible en el municipio. Sin embargo, a finales de la década de los años 70 del siglo pasado, el tomate entró en crisis, por lo que se intentaron buscar nuevas plantaciones que lo sustituyera. El cultivo elegido fue la berenjena y otras hortalizas, como podían ser los pimientos o pepinos.

Mientras esto ocurría, poco a poco, iba despuntando el sector turístico con la construcción en la costa de nuevas edificaciones. Ello hizo que los hombres del municipio de Mogán encontraran una nueva actividad laboral, mejor remunerada, en el sector de la construcción, de la cual quedaron descolgadas las mujeres.

El inicio de la explotación turística se materializó con la aparición de la Urbanización de Puerto Rico, a la que siguió los proyectos de Patalavaca y sus alrededores. En los años 90 Mogán se convertía en el segundo municipio turístico de Gran Canaria con diferentes y variados entornos localizados en el Puerto de Mogán, Taurito, Playa del Cura, Tauro, Puerto Rico, Patalavaca y Arguineguín.

En el año 1987 el municipio de Mogán contaba con 2.008 camas turísticas, tanto hoteleras como extra hoteleras. Si tomamos como punto de partida el año 1981 encontraremos que el 24% de la población activa se dedicaba al sector primario, o lo que es lo mismo, a la agricultura, ganadería y pesca. Por el contrario, solo un 15% desarrollaba su actividad en el sector secundario compuesto por industria y comercio. El mayor empleo ya se encontraba en el sector servicios, compuesto por un 60% de la población activa.

Diez años más tarde, en el año 1991, no solo había aumentado la población activa hasta los 3.253 individuos, frente a los 2.162 que existían en 1981, sino que el número de empleados en el sector servicios alcanzaba el 77% de la población activa, mientras que los dedicados al sector agrícola solo era un 11% de la población y los dedicados al sector secundario otro 11%. Dentro del sector servicios, un 44% de los individuos estaba dentro del sector turístico de atención directa al turismo de masas.

El aumento de la oferta turística cambió por completo el paradigma laboral del municipio. Las 2.008 camas disponibles en el año 1987, en solo diez años, se convirtieron en 5.290. De los 15 hoteles establecidos en el municipio se pasó en el año 1996 a una oferta de 23 hoteles. El número de alojamientos extra hoteleros también aumentó en ese periodo. De los 130 iniciales del año 1987 se llegó a disponer de 171 establecimientos en el año 1996.

Para poder sostener ese crecimiento de la actividad turística se necesitaban cubrir muchos puestos de trabajo con los que atender las necesidades de los visitantes de Mogán. Uno de los trabajos que más demanda tuvo fue, precisamente, el de las camareras de piso.

La nueva oferta laboral que trajo el turismo se encontró con un colectivo de mujeres jóvenes que hasta ese momento, su única posibilidad de trabajo se encontraba en el sector agrícola o ganadero. Esa escasa oferta de trabajo se veía agravada, sobre todo en la zona sur de Gran Canaria, por las pocas posibilidades de acceder a estudios medios o superiores que aumentarían las posibilidades de empleabilidad futuras.

A las necesidades del colectivo femenino de índole económico se le unió la búsqueda de libertades sociales que hasta el año 1978, con la entrada en vigor de la vigente Constitución Española, no estaban al alcance de las mujeres.

La posibilidad de poder tener libertad económica sin depender de un varón, junto a la ya mencionada necesidad de aportar dinero a la débil situación financiera de sus familias, en muchos casos numerosas, hizo que cientos de mujeres de Mogán decidieran dar el paso a ejercer laboralmente de camareras de piso.

En los primeros años de la implantación de la actividad laboral, y hasta décadas después, el ejercicio de la profesión por esas mujeres de Mogán no contaba, ni por asomo, con la regulación legal actual. Como ejemplo de ello, podemos destacar cómo muchas de ellas iniciaron su actividad siendo menores de edad y sin contrato.

Sus condiciones laborales han cambiado mucho en estos cincuenta años. Al principio hacían todo tipo de trabajos, no solo los de limpieza de los apartamentos, sino los de limpieza de obra, carga de la basura, de la ropa de cama y toallas. Con horarios abusivos, sin descansos ni días libres.

Poco a poco, la legislación y las condiciones han ido cambiando y, aunque muchas cosas han ido mejorando, aún queda mucho por hacer. Las actuales reivindicaciones se centran en que se incluya a las camareras de piso en el catálogo de profesiones de alta peligrosidad y así poder acogerse a jubilaciones anticipadas a los 58 años, el aumento de las plantillas y la sustitución por bajas médicas que ayuden a aliviar la actual carga de trabajo.

Ya muchas de esas camareras de piso, pioneras, se encuentran jubiladas o a punto de hacerlo. Durante años, trabajaron duro, casi de sol a sol, haciendo labores más allá de lo que especificaban sus contratos. La razón que las llevó a soportar esas duras condiciones laborales fue pensar en el futuro de los suyos, anteponiendo el bienestar de estos al de ellas.

Muchas familias en el municipio de Mogán deben su actual bienestar al sacrificio de estas mujeres que soportaron condiciones laborales impensables en la actualidad. Mogán, sin su inestimable aportación a su tejido laboral y social, no sería el municipio próspero, lleno de oportunidades para sus vecinos y vecinas del siglo XXI.

# *El proyecto y sus protagonistas*

Este libro surge de un proyecto realizado durante el año 2024 con un grupo de camareras de piso del municipio de Mogán.

Durante ocho meses se ha realizado una reunión al mes, donde las mujeres asistentes contaban sus experiencias en su trabajo y cómo ha afectado este a sus vidas. En cada reunión se trataba un tema diferente: Cómo, cuándo y por qué comenzaron a trabajar, las relaciones entre compañeras y con el resto de los trabajadores de los complejos turísticos, sus problemáticas familiares y sociales debidas a su trabajo, la relación con los diferentes tipos de clientes o las enfermedades laborales que padecían.

Gracias a la colaboración y la confianza de estas mujeres, los autores pudieron comprender y trasladar a este diario sus vivencias, anécdotas y sentimientos.

Este libro no habría sido posible sin la implicación de sus verdaderas protagonistas:

Amada Cazorla Ramos  
Ana Delia Déniz Déniz  
Cándida de Los Dolores Álamo Suárez  
Carmen Guerra Vera  
Carmen López Segura  
Felipa Álamo Suárez  
Josefa Jesús Macías Suárez  
Leandra del Pino Quintana Marrero  
M<sup>a</sup> Auxiliadora Montesdeoca Déniz  
María Alonso Hernández  
María Ángeles Macías Acosta  
María Concepción Guerra Vera  
María Del Pino Cazorla León  
María del Pino Pérez Peña  
María Reyes Marrero Álamo  
María Soledad Alonso Alonso  
Ramona Carmen Hernández Medina  
Ramona Carmen Medina Alonso  
Raquel Perdomo Medina  
Zulema Suárez Fernández

# Índice

Presentación	• 5
El final y el principio	• 9
El día que todo cambió	• 15
Primeros días	• 21
La ventana	• 25
Las tareas no acaban	• 31
Una de cal y otra de arena	• 33
Somos novios	• 37
El muerto y la pinocha	• 43
¿Qué hace usted aquí?	• 47
Boda	• 51
El niño lo tiene todo sucio	• 55
Preñada	• 59
La cabra	• 63
Yo solo cumplo las normas	• 67
Más hijos	• 71
La familia	• 77
Vienen 2 y aparecen 20	• 81

Uniforme nuevo	• 87
Abrazos	• 91
Primera comunión	• 97
Jugando al escondite	• 101
Cuando murió mi madre	• 105
Venga a las 4	• 109
Las propinas	• 113
Recomendación gastronómica	• 117
El sonotone y la crema	• 119
Adiós compañera	• 123
Un día especial	• 129
La frase del año	• 133
La maestra	• 137
Nos organizamos con el APA	• 143
Mi cumpleaños	• 147
Vienen de Rusia	• 151
Los cursos de prevención de riesgos laborales	• 155
Bragas azules	• 159
Semana Santa	• 165
La cabeza dice basta	• 169
El verdadero amor	• 175

La doctora Quinn • **179**  
En el hospital • **183**  
De baja • **187**  
La paloma • **191**  
Para saber más... • **197**  
Breves apuntes históricos • **199**  
El proyecto y sus protagonistas • **205**

El papel utilizado para la creación de este libro  
proviene de bosques sostenibles, por lo que se  
garantiza la conservación de los bosques  
y de los valores sociales, culturales y ambientales  
asociados a estos.

Una joven deja la escuela para comenzar una vida de trabajo como camarera de piso. En su diario plasma las duras realidades de su oficio, desde las largas jornadas sin descanso hasta el desprecio de algunos clientes. En sus propias palabras, revela los abusos sufridos en una época de escasa regulación laboral y cómo su cuerpo, con el tiempo, paga el precio del esfuerzo.

Sin embargo, entre la crudeza del trabajo, surge la solidaridad y la amistad con sus compañeras, quienes comparten sus penas y alegrías. El amor de su familia, el nacimiento de sus hijos y la satisfacción de verlos crecer se convierten en su refugio y motivación.

El humor, la lucha por la dignidad laboral y personal, la familia, Mogán, las relaciones personales, la salud, acompañan este relato sincero, a veces desgarrador y otras, repleto de esperanza.

Este diario es un testimonio de la fuerza, la resiliencia y el amor que florece en medio de la adversidad, un homenaje a las camareras de piso de Mogán y su invaluable contribución al municipio.



Ayuntamiento  
de Mogán

